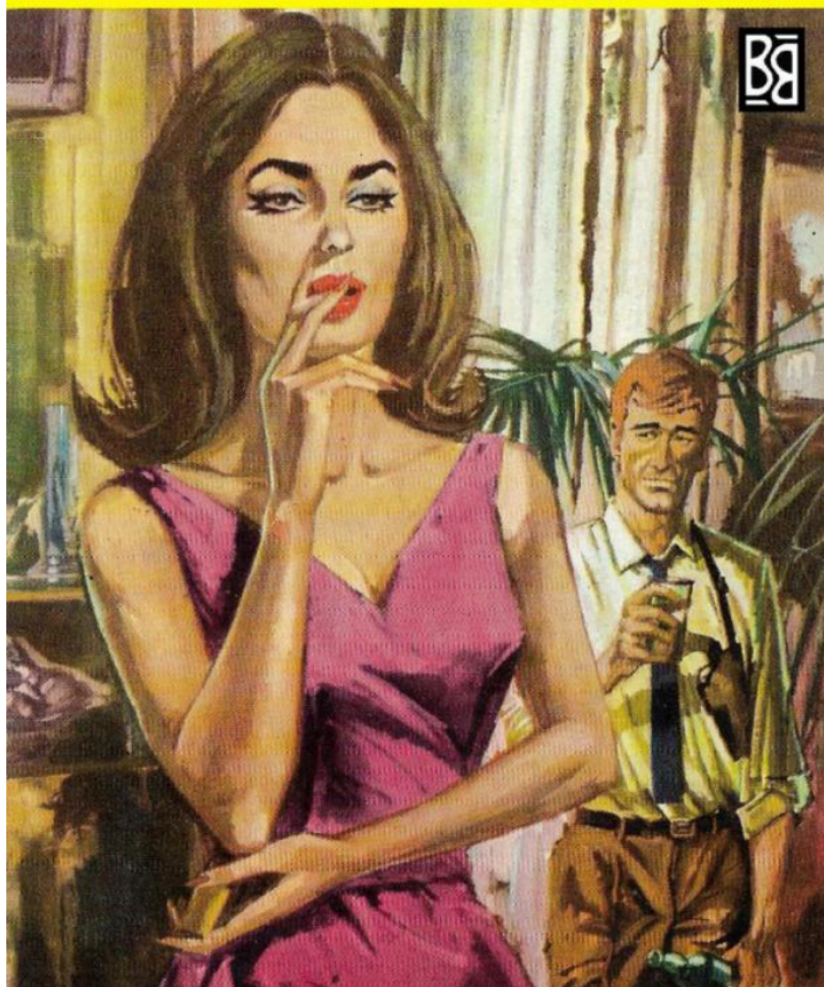


PUNTO
ROJO

persecución tenebrosa

peter debry



PERSECUCIÓN TENEBROSA

OLGA

BRILNO
KOSTAS





PETER DEBRY

PERSECUCION TENEBROSA

Colección PUNTO ROJO n.º 229
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito legal: B. 19.700 – 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: setiembre, 1966

© PETER DEBRY – 1966
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ORTEGA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era todo lo negra deseable, y en la carretera que pasaba ante la gran tapia de la cárcel, nos esperaba Tonio, tal como estaba convenido. En condiciones semejantes, mandarse mudar era una partida ya ganada. Tan seguro como jugar al dominó con un ciego.

Claro que yo lo arreglé todo al detalle, y salvo mala suerte, Ludo y yo íbamos a largarnos de la fonda del Estado, silbando y con las manos en los bolsillos.

Quince días antes, en el locutorio, le confié mis intenciones a Olga, mi chica, que se afanó laboriosamente para facilitarme las cosas. A la semana siguiente, una hoja de sierra llegó a mis manos en un paquete de golosinas, tabaco y Prensa.

Luego, en el locutorio, Olga me comunicó que Tonio vendría a recuperarme en su cacharro, al pie de la tapia. Ya había venido a pasear por los contornos para estudiar el decorado y localizar el inmueble en el cual yo me alojaba.

Para la fecha de mudanza, decidí que tuviese lugar el sábado, por dos razones. Era cuando la luna se reducía al mínimo según el calendario. Y el sábado por la noche, los borrachos alcanzan el campeonato, según las estadísticas.

Para que la cosa saliera perfecta, era cuestión de aguardar a la una de la madrugada.

En la celda, segunda división, primer piso, sobrevivíamos tres. Ludo, un chaval de veintidós tacos, empaquetado por apertura clandestina de caja fuerte. Gerard, un garagista que tuvo desgracias con un par de coches mal camuflados. Y no me quedó más remedio que ponerles al corriente.

Gerard me confesó inmediatamente que no le interesaba la oferta:

—Ni hablar. Primero, porque mi asunto está a punto de

arreglarse.

Tuve que desengañarle:

—Eso es tu abogado que te hizo creer en cuentos tártaros, o a lo mejor lo leíste en tu horóscopo de la semana.

—Mi abogado es de confianza. Y poniéndome en lo peor, no me sale ni un año de pensión. Segundo, ¿es que podéis verme haciendo el torero por encima de los muros del pensionado, con mis cincuenta y tres tacos, cuatro críos y reumatismo crónico?

Nos mondamos los tres. Y Gerard agregó:

—Ahora, esto sí, puedes quedar tranquilo. No sé nada, no veo nada y no oigo nada.

En cuanto a Ludo, vaya si estaba de acuerdo. Ya tenía dos cadenas pendientes, y sin nadie ocupándose de él en la capital, estaba ansioso de escampar.

Aunque jovencito, era formal, serio y templado. Podía arriesgarme, con él, a la excursión. Fabricamos una cuerda con tirillas de mantas trenzadas. Un garfio con el vástago del camastro de hierro empotrado. Y en la fecha prevista, hicimos gemir suavemente uno de los barrotes de la ventana.

Por fin, colgante la cuerda, pasé el primero y aterricé en uno de los patios de paseo. El cielo era pura tinta china. Una noche de ensueño. Al cabo de unos segundos, Ludo se estabilizó a mi lado, susurrándome:

—Para más precaución, le aticé un buen trompazo en el cogote al amigo Gerard. Dormirá su buena hora larga.

—Le hiciste un favor. Así no lo acusarán de estar conchabado con nosotros lo cual le habría perjudicado.

Ya estaba yo sobre el tejadillo de los retretes, desde donde se alcanza el primer muro. Ahora venía lo más peliagudo. Franquear el pasillo de ronda. Aplastado contra las tejas, le di un codazo a Ludo:

—Ojo. Un ruido a destiempo y nos retratan con los focos, en pleno campo de tiro. Te prevengo que los que están de guardia tienen el gatillo fácil y nervioso.

El chaval no se hace ilusiones, pero tampoco tiene aspecto de asustado. Y en esta clase de paseos ya es algo tener un socio aplomado.

Nos dejamos caer al pasillo y sin pejugueras llegamos a la base del segundo muro, el más áspero para la escalada. Digan lo que

quieran, hay también un ángel de la guarda para nosotros. Todos somos humanos.

Al primer lanzamiento, logró hincar el garfio en lo alto del muro. Dejo a Ludo que inicie el ascenso. Rápido el chaval, como si se hubiera pasado la vida practicando el deporte.

A mí me cuesta más por cuestión de talla y peso. Cabalgo la tapia y resbalo sudoroso al otro lado, hasta pisar yerba polvorienta que se me antoja deliciosa. Nada se ha movido en la Gran Casa.

Lo confieso. Hasta que no pisé la carretera, tuve la constante impresión de que la maldita mansión la transportaba toda entera a la espalda, en equilibrio y que al menor pestañeo me aplastaría como un castillo de bloques.

Ya pasó lo peor. A diez metros, el «Tiburón» todo nuevo de Tonio aguardaba, faros apagados, arrimado al bordillo. Y apenas embarcamos, el bólico embaló suave, silencioso, veloz.

Tonio manejaba el volante como un profesional. Me arrellané a su lado. Atrás estaba Ludo con un tipo cuyo sombrero echado sobre la nariz le tapaba en sombras la cara. Lo reconocí por la voz y la risa:

—De veras que me agrada verte, Bruno.

—Vaya... ¿Eres tú, Mario? Ha sido un detalle por tu parte acompañar a Tonio.

Mario era el mediano de los hermanos Storni, tres corsos que desde hacía un par de años habían abierto un bar en la Costa, cerca de Niza. Mi verdadero amigo era Tonio. Lo demostró viniendo desde la Costa a París para echarme una mano.

Como aspecto, Tonio hubiese sido la estrella para película de terror. Picado de viruela, nariz chata y ladeada, y una boca de buzón que parecía estar siempre riendo. Lo cual originaba muchas confusiones lamentables.

Por orejas tenía un par de abanicos y en cuanto a ojos, admito que podía encontrarse en ellos una gentil luz de ternura y bondad de alma. No en los dos, naturalmente, ya que sería mucho exigir. Pero sí en uno. El ojo izquierdo, el de cristal.

Al lado de mi amigo Tonio, Frankenstein era un efebo delicado y King Kong un mancebo anémico. Ése era el inconveniente. Resultaba algo vistoso. Aparte su metro noventa y cinco y sus ciento diez kilos, le daba por lucir corbatas con flores y pajaritos, camisa

de punto rojo vivo, pescadora crema, téjanos vaqueros cien por cien y mocasines de ante.

Pero por el momento yo estaba a gusto. Respirando aire libre, nocturno, no pensaba en nada, sino en dejarme vivir. Remontábamos al norte, contorneando París. No hice preguntas.

Tonio lo había previsto todo en esta etapa. Y como cerebro, pese a su pinta, era algo serio. De todos modos, no podíamos rodar mucho tiempo así de tranquilos. De un minuto a otro, las carreteras podían convertirse en peligrosas.

Una pega cualquiera, descubriendo el barrote reventado, y el Mapa Michelin se iba a llenar de barreras y motoristas.

Cuando nos acercábamos a la Porte Lilas, volviéndome, le dije a Ludo:

—Cuando quieras apearte, avisa, chaval.

Eso era lo convenido. Una vez fuera, cada cual se las apañaba y a olvidarse el uno del otro.

—Preferiría, si puede ser, que me dejases cerca de Pigalle.

No falla. Hace ocho años, tuve yo también veintidós. Apenas salía de la fonda, ya estaba deseando ir a mi barrio querido, para celebrar la libertad con los compañeros. No era extraño que en seguida me pillasen.

—Vete con cuidado, chaval. Por allá, el clima no será sano para ti.

—Ya sé, pero compréndeme, Bruno, no será para estos barrios donde podré arreglarme. No tengo refugio. Y en Pigalle están mis conocidos.

—Comprendido, chaval. ¿Tienes algo a la vista para asegurarte unos días?

—Creo que sí. Una rubia que me tenía aprecio. Si la encuentro, no es una desagradecida. Me dará techo y pitanza.

Ludo no era un flojo y no iba a jugarnos la escena del desesperado. Me sabía mal dejarle abandonado, porque sé lo que es estar fugitivo, con veintidós años y sin un billete.

Pero no podía dejarme llevar por sentimentalismos. Conservar a Ludo con nosotros era adquirir una responsabilidad excesiva. Yo también era un fugitivo. Y además, en el asunto que yo planeaba, no había lugar ni tiempo para obras de beneficencia.

—Para, Tonio.

Ludo había abierto ya la portezuela.

—Espera un minuto, chaval. Oye, Tonio, ¿llevas pasta encima?

—Cinco grandes:

—Pásamelos. ¿Y tú, Mario?

—Calderilla. Unos dos mil y pico.

—Aflójalos, y ya lo arreglaremos entre nosotros, más tarde.

Le deslicé el paquete de billetes a Ludo que cabeceó en silencio para demostrarme que agradecía el detalle. Le dije:

—Ya procuraré hacer algo más por ti, algún día de éstos. ¿Dónde podría dejarte aviso?

Me dio la dirección de una tasca de Saint Michel donde le transmitirían los recados que le dejasen al seudónimo de Vic el Risueño.

Y ahora todo estaba ya dicho.

—Suerte, chaval.

—Lo mismo, Bruno.

Restalló la portezuela y Ludo se alejó en la noche, hacia las primeras casas del barrio. Dos segundos después le pasamos. Caminaba siguiendo la línea de árboles, bajo la lluvia, alzado el cuello de la chaqueta y las manos en los bolsillos.

Mario se permitió una imprudencia. Rió:

—Te creía menos sentimental, Bruno.

Me volví para agarrarle por la corbata. Pero su hermano Tonio gruñó:

—Déjale, Bruno. Es un inconsciente. A veces se le escapa la lengua.

—No hay que enfadarse, hombre. Hablé sin mala intención —me aseguró Mario.

Le solté el trapito de seda, pero quise aclarar la cosa. No me agrada que me tomen por un débil.

—No pido nunca opiniones, Mario. No me las des, si no te las pido, ¿estamos? Hazlo siempre así, por favor. ¿Qué tienes ahora? Digamos veintisiete.

—Eso es. Buena pupila —me sonrió Mario amistoso.

—Una vez salí sin despedirme de otra fonda. Una noche como ésta, fría y mojada. Sin una chapa en el bolsillo. Acababa yo de cumplir los veintitrés. Sólo hace siete años. Siete siglos. Y tenía el orgullo bien puesto, donde debe estar. Me ayudó a escapar un tipo

sano. Yo lampaba por pedirle algo. No pude. Lo mismo que este chaval. Igual que Ludo, o Vic alias el Risueño.

Tanto hablar me agotó. Y Tonio terminó la historieta:

—Le presté unos billetes a Bruno. Dos años después, en una ocasión apurada, él me devolvió en ayuda aquel préstamo. Los de la banda de Matteoti iban a apiolarme. Bruno llegó y sólo perdí una mirilla.

Tonio se palpó el pómulo cicatrizado bajo su ojo de vidrio. Mario me dio un leve toque en el hombro, y dijo algo muy difícil para un hombre:

—Oye, Bruno, soy un imbécil, un charlatán y un lirio. Perdona, Bruno.

—De acuerdo, chico.

Sonreímos los tres y se acabó el incidente.

Rodamos varios kilómetros siguiendo la ribera del Oise, hasta tomar un camino lateral encajado en la verdura y que desembocaba en la verja de entrada de un caserón medio hundido en el bosquecillo de árboles.

—Fin de trayecto —rezongó Tonio.

Mario bajó para abrir la verja. Los cauchos chirriaron por una alameda de grava que conducía al porche. Dejamos el cacharro y Tonio pasó delante para enseñarme el camino. Me ilustró:

—Es un refugio de Boni el Guiño que pasa una temporada alojado por cuenta del Gobierno. Me dejó las llaves.

Atravesamos un gran vestíbulo a oscuras, y llegamos a un salón estilo pabellón de caza. No pude ver nada. Olga acababa de proyectarse desde un sillón y me aterrizó entre los brazos.

No es porque sea mi chica, pero está despampanante. Ojazos de cielo, una boca que convierte en caníbal al más vegetariano, y una anatomía que debería estar señalada con tres estrellas como panorama de enorme interés turístico.

Cuando logramos despegarnos, seguro que el minuterero había recorrido sus buenos diez trancos. Los hermanos Storni habían alineado tres copas. Me dejé caer en un sillón y Olga se esfumó.

Paladeábamos el vermut, cuando la paloma regresó con la mesita rodante. Jamón, ensaladilla de langosta, pollo con mayonesa, queso y fruta. El todo acompañado de un tintillo seco.

Hice trabajar las mandíbulas. Olga se instaló en el brazo del

sillón y su Lanvin número x me acariciaba gratamente las narices. Dije:

—Parece imposible que hace menos de dos horas estaba yo enjaulado, y sin probabilidades de salir, a no ser por vosotros.

—Olvídalo. ¿Somos amigos sí o no? ¿Cuánto tiempo te pegaste?

—Trece meses y días, esperando pasar ante el juez. Y ahí estaba el peligro. Me hubiese podido obsequiar con varios años. Total, por un intento de limpiar la caja de un usurero... Bueno, y un polizonte indiscreto que asomó la nariz y descansó unas semanas en una clínica.

—Total, nada, y aquí estás a cubierto. Déjate vivir hasta que la policía esté menos ansiosa por encontrarte. Mario y yo tenemos que bajar mañana a Niza, donde nos esperan los negocios. Ya nos despediremos.

Se fueron a dormir. Luego, Olga subió la escalera, precediéndome. Tuve la impresión que no iba a dejarme dormir. Y eso que yo tenía un sueño espantoso.

Pero ella tenía un tipo que le hubiera dado insomnio a un tipo estragado por las moscas tsé-tsé.

CAPÍTULO II

Al mediodía, tras una ducha helada, bajé a charlar a solas con Tonio. Pero apenas empecé a contarle mi proyecto, se puso indignado:

—Estás como una cabra. Nunca fuiste un talento, pero tampoco eres un ceporro completo. Y sin embargo pareces ignorar que en estos momentos un buen porcentaje de funcionarios andan tras tu pista. En vez de quedarte aquí una temporada, tranquilo, planeas excursiones.

Resopló y me tomé un traguito más del jugo matutino: tomate, naranja y un sollozo de coñac. Reanudó Tonio sus lamentaciones:

—Te falta un tornillo, Bruno. Soy tu amigo, seguro, pero acabarás por hacerme lamentar mi viaje a París, abandonando mi asunto en Niza.

—¿Qué trabajo? Chapuza, colilleo. No me hagas reír, Tonio, que tengo los dientes sucios.

Su trabajo me lo había explicado diez minutos antes. Consistía en pasar de matute una partida de cronómetros suizos, bajo la tapadera de una importación de botes de leche malteada a Israel.

—Hoy el dinero está duro de arrancar. Y en esta chapuza me ganaré cincuenta de los grandes —argumentaba Tonio.

—No sigas, que me harás llorar, Tonio. Reflexiona un poco, hermano. Yo no te hablo de biberones. Menciono una cifra por lo corto. Entre los quince y los veinte..., pero millones, Tonio.

Para que se le incruste, le repito en resumen el negocio. Se trataba simplemente de meterle mano a un tesoro de guerra. En mayo del 45, una banda de paisanos nuestros, que se había pasado a la policía en el año 40, lograron esconder en algún sitio un lote de piedras preciosas.

La mayor parte de la banda se hizo atrapar, y los fusilaron casi todos. Alguno quedó con vida. Condenado a perpetua. Como por

ejemplo Paoli. Y fue éste el que me informó sobre el tesoro.

Cada vez que oía citar a Paoli, Tonio escupía. Decretó por fin:

—Valiente canalla, criminal y asqueroso tu Paoli. Era casi un bebé por entonces. Estaba en un reformatorio, y apenas entraron los Otto, vaya cómo saltó sobre la ganga. Se hizo nada menos que señor policía. Y empezó el gran negocio. Llamada a la puerta. Exhibición de carnet y pistola. «Aquí, la policía alemana. ¿Dónde tienen los documentos?». Y registrando metían mano al dinero y las joyas. ¿Quieres mi opinión? Yo, comparado con tu Paoli, soy un filántropo, una ursulina.

—No estamos discutiendo categorías, Tonio. Cuando me habló, Paoli no deliraba. Sentía que de un día a otro, iba a estirar la pata. Acababan de transportarlo desde presidio a mi fonda, para ser tratado sobre el billar de la enfermería. Le extirparon la vesícula del hígado. Y estaba reponiéndose, pero no hacía falta ser veterinario, para deducir, en mirándole la pinta, que lo que le esperaba era una caja de pino, cuatro clavos y amén.

—Así arda ya en el infierno tu Paoli. Era una basura.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Qué me tapase las orejas cuando me hablaba de recoger millones? Yo estaba en la enfermería para que me curasen un panadizo que me hacía ver las estrellas. Y para prolongar mi estancia en ellas, donde daban raciones sanas, les echaba una mano a los practicantes. Así es como conocí a Paoli. Cuando comprendió que ya estaba listo para la fosa, se decidió a susurrarme su última voluntad.

—¿Por cariño hacia ti, Bruno?

—Para jeringar de mala manera a cierta doncella que estimaba que no se portó bien con él, ya que le abandonó.

—¿Qué doncella?

—Cierta Freya, la Gata.

—No la conozco.

—Ni yo.

—¿Y qué pinta en tu historia de piratas y tesoros tu Freya, la Gata?

—El único que conocía el sitio exacto donde estaba escondido el alijo, era el jefe de la banda. Los dos que le acompañaban en aquel momento, él los liquidó para estar seguro de su discreción. Pero el jefe también se hizo liquidar, poco después, en un arreglo de

cuentas allá por Génova. Y Paoli, todo lo que pudo saber era que el alijo de los millones había sido enterrado cerca del Lago de Garda, en las proximidades de Verona, más o menos.

—Un poco vago todo esto. En resumen, los únicos que estaban al corriente, ya comen malvas por las raíces y tu Paoli no puede precisar el sitio.

—No te pongas nervioso, Tonio. Es ahora cuando interviene Freya, la Gata. Por entonces ella era una nena recién salida del cascarón, casi una menor, pero lista. Primero fue novia de Paoli, y al salir todos huyendo, se emparejó ella con el jefe. Pero ahora viene lo bueno. Ella no estaba en el secreto, ni supo lo que escondía su hombre. Debió creer que se trataba de documentos para chantaje, por ejemplo, y le tuvo sin cuidado. Tanto es así, que hoy sigue completamente en el Limbo. No tiene la menor idea que su difunto novio segundo de la adolescencia, enterró millones en joyas.

Ahora sí tuve que boquear, porque la parrafada había sido extenuante. Pero Tonio ya cabeceaba, convencido, y gruñón objetó:

—Admitamos que tu trabajo es de clase. Pero ¿dónde vas a pescarla a tu gata? ¿Te dio Paoli su dirección actual?

—No la sabía. Ella le abandonó totalmente. Lo último que supo de ella es que regentaba una tasca por Lyon hace cinco años.

—Lyon es nuestra aldea, Bruno.

—Por un barrio llamado Los Tilos.

—Y además, te repito que no me embarco en aventuras. Tengo ya cumplidos los treinta y siete tacos, jovencito.

—Son quince millones por lo bajo, viejo. Solamente tú y yo en el negocio, papi. ¿Y quieres que con quince millones a la vista, me dedique yo a vegetar aquí?

Tonio largó su última defensa:

—Tu Paoli puede que delirase, como si lo viera.

—El que vio a Paoli fui yo, Tonio, y no deliraba. De acuerdo, no estaba boyante ni saltaba a la cuerda, pero en lo tocante a seso seguía en posesión de sus facultades. Además, tengo olfato, instinto, y cuando un negocio es sano, lo noto. Tengo fe. No puedo decirte más. Tengo fe.

Eso le acabó de convencer. Nos pusimos de acuerdo. Lo primero, lo urgente, era meterle mano a Freya, la Gata. Planeamos los detalles y al anochecer avistamos Lyon.

El trayecto se efectuó sin contratiempos. Tomé las debidas precauciones. Me afeité el bigote, me endilgué unas gafas con cristal neutro, y bajo cada sobaco me planté una muleta. Gran inválido, poliomielítico y demás.

En cuanto a papeles, esto ya lo había arreglado Tonio.

La que se mondó al verme disfrazado de piernas flojas fue Olga. Pero ni a ella ni a Mario les contamos el objetivo de nuestro viaje.

En Lyon fuimos directamente a casa de un antiguo conocido, Janot, el Gitano, que se había enriquecido vendiendo primero atracciones femeninas para Sudamérica, y colocando los beneficios en urbanizaciones.

Apenas nos instalamos en la mesa para cenar, nos ilustró:

—Ahora soy alguien. Dos pisos de oficinas en el centro. Estoy inscrito en el mismo club que los peces gordos de la textilera, y tengo chalet playero junto al río. En las próximas elecciones municipales ya tengo reservado el sillón de concejal.

La pitanza era de las finas, y el lacayo que nos servía tenía ese estilo del viejo servidor de familia, como ya no existen. Ponía cara grave como si hubiese visto nacer al señor Janot y formase parte de la servidumbre del papá y el abuelo del Gitano.

En los licores, lo comenté, y Janot se tronchó:

—¿Verdad que parece un mayordomo de película? ¿Sabéis dónde adquirió los buenos modales? Sirviendo la mesa de la Guayana francesa. Veraneó allá quince años porque una mala noche se enfadó con su amada esposa, y le quiso hincar sensatez en la mollera a base de martillazos en el cráneo. Ése es Gastón.

Aparte la presencia de Gastón, Janot vivía solo. No quería mujeres en torno. Tampoco Gastón.

A las once de la noche nos excusamos, y dejando con Janot a Olga y Mario, nos fuimos Tonio y yo. Además de las muletas, me llevé un «Colt» que me facilitó Tonio.

Según Paoli, la tasca que regentaba Freya se llamaba Bar Barra. Recorrimos Los Tilos, un barrio mísero, con locales poco serios, de los que cambian frecuentemente de dueño por falta de tacto con la clientela.

No había modo de encontrar el Bar-Barra, y tuvimos que hacer el turista preguntándole a un fluvial que trazaba «eses» por la acera. Nos orientó afectuosamente.

La calle era asquerosa, y el bar de marras daba pena. Bajamos unos escalones y entramos. Tras el mostrador había un calvo congestionado que charlaba con un sujeto elegante y achulado.

Al vernos entrar, se callaron. Cerca de la caja, había otro guapo manipulando una máquina tragaperras. Durante unos instantes, solamente el *cling-clang* de la bolita puso la nota cordial en el ambiente.

El patrón nos miraba torvamente. Tonio y yo nos acodamos en el mostrador, y mi compadre pidió:

—Un «vittel» a la fresa.

—Para mí un «ataúd» —encargué.

El patrón rodó los ojos y tuve que aclararle:

—Media de cerveza con un chorro de grosella y un sollozo de naranjina.

Apenas humedecida la garganta, Tonio empieza a hablar de la lluvia y del sol, de lo alegre que es Lyon cuando no llueve, y que le agrada la simpatía de sus habitantes.

Habla solo, porque en lo tocante a responder, el patrón parece acatarrado. A veces emite un gruñido. Y como no es cuestión de pasar la noche soltando sandeces, Tonio pasa al ataque:

—Por cierto, que hace unos años, conocí a la patrona de este bar. Pues sí, era una gentil damita sabiendo lo que es el negocio. Me agradaría volverla a ver, caramba. Tal vez usted podría informarme...

El patrón tose, sin comprometerse. Tonio finge hacer memoria:

—¿Cómo se llamaba ella?... Algo así... ¡Ya está! Eso es. Freya. Y es más, los clientes, para bromear, la apodaban Freya, la Gata...

No pudo seguir. Fue como si el techo nos cayera sobre el cuero cabelludo. En menos de un segundo, el guapo del mostrador y el de la máquina, se convirtieron en pugilistas excitados por un toque de gong.

Al primer choque, pierdo las muletas y voy a parar de riñones contra un taburete que se vuelca.

Simultáneamente, veo cómo Tonio encaja en pleno cogote, un sifón.

Buen principio.

CAPÍTULO III

Perdí las muletas, pero recobré los brazos a tiempo de poderle encasquetar un gancho en la caja del pan a mi oponente. Y empezamos a tratarnos con salvaje atención, pero silenciosamente, dentro de la medida de lo posible.

Ni ellos ni nosotros teníamos interés en atraer público, y mucho menos sacar los petardos. Éramos muchachos prudentes. Tonio se había recobrado del asombro y estaba acorralando al de la máquina.

Mi cliente me largó de pronto una silla a ras de piernas y me segó, tumbándome de costillas. Verle agarrar una botella cuyo fondo rompe sobre el borde del mostrador, me dio resortes en las sentaderas. Le tengo cariño a mi cutis.

En un cuarto de segundo estuve en pie, agarrándole la muñeca cuando se disponía a hacer mal uso de su botella. Le apliqué un rodillazo, y el hombre me saludó. Me dispongo a hacerle besar la lona, cuando un inoportuno irrumpe en el *ring*.

Es el calvo patrón que esgrime un nervio de buey largo como un brazo. Y maniobra la fusta como un veterano. A partir de este momento, la escena se pone turbia.

Todo empieza a volar por los cuatro rincones del local. Mesitas, taburetes, botellas, garrafas, el billar eléctrico, los sifones y vasos. Se acabó la prudencia.

Entre los cinco nos hemos enzarzado de tal modo que casi no distinguimos sobre quién atizamos candela. Los espejos y los dos estantes se derrumban.

Medio mareado, tengo cerca a Tonio que está levantando la placa de mármol de una mesa y la hace voltear despidiéndola por el aire a media altura. Eso sí que ya es más sólido.

Alguien empieza a gemir como si estuviera muriéndose. La puerta se abre y un sediento asoma la cara. Recibe una botella al

vuelo y no insiste. Cierra y se larga.

De pronto, nos encontramos sumergidos en la negrura. Apagón total.

—*¡Porca miseria!* —Berrea alguien.

Al otro extremo, le contesta un ronco quejido que parece el ladrido de un perro vapuleado. Cada uno se extrae de sus obstáculos. Me abalanzo hacia la puerta, pero a través de los cristales rotos, atisbo una multitud que atasca el tráfico.

La ronda ya debe estar en camino. Nos van a pillar ahí dentro, como novatos. Me vuelvo al interior y oigo a Tonio que me llama. Por intuición le adivino hacia la izquierda del mostrador. Exploro:

—¡Ey, Tonio!

—Vamos, acelera, caray.

Tropiezo por entre mesas y sillas hasta que topo con Tonio, que me arrastra por las tinieblas, quejándose:

—Se están largando estos malcriados.

Sólo tiene un ojo, pero lo emplea bien. Voy acostumbrándome a la oscuridad y corro tras él, atravesando una sala, saliendo a un pasillo interminable a cuyo extremo se oye ruido de galopada.

Por fin salimos a una calle, más mísera que la de llegada. Y ahora distingo a uno que huye pegándose con los tacones en los fondillos.

Los otros han desaparecido. Tonio y yo emprendemos la persecución y le ganamos varios metros. Casi está a diez pasos, cuando se revuelve bruscamente y nos suelta tres píldoras que nos silban cerca. Se esfuma en una fachada.

Y vuelve a ser Tonio el que lo localiza con su única pupila.

—¡Acelera! Entró por ahí.

Una especie de porche con puertas a dos batientes. Uno de estos corredores que atraviesan manzanas de casas, con cuatro, cinco o seis salidas sobre callejones. Un laberinto. Vamos listos para atrapar al enemigo.

Pero embestimos cabeza baja por el corredor, y esta vez, desenfundamos las herramientas. Es más bien para tener compañía, porque el campo de tiro es nulo.

A los diez metros encontramos una rampa de escalera. Pero el corredor hace un ángulo y sigue. A la izquierda oigo ruido de tablas. Cojo a Tonio por el brazo y lo detengo.

El otro no debe estar lejos y sospecho que tan extraviado como nosotros.

Nos hemos adosado a un tabique donde hay tres hileras de buzones.

Algo me pasa entre los pies y pego un brinco.

Una rata que se manda a mudar. Al otro extremo del corredor siguen hurgando entre cajones o quizá toneles.

—Voy a ver —susurra Tonio.

Avanza pegado al tabique con el petardo junto a la cadera, listo para echar humo. Hemos de saber qué le pasó al guapo y a su compadre, para desencadenar la trifulca apenas oyeron mencionar a Freya, la Gata.

El ruido cesó. Quedó un silencio de ésos donde se oiría estornudar una mosca. Lo admirable era el arte con el cual Tonio desplazaba sus arrobos sin el menor ruido.

Y de pronto, brotaron los fuegos artificiales. Un tiroteo a modo, en medio de un espantoso traqueteo de cubos de basura volcándose, y una carga en masa de ratas huyendo por todos los rincones.

La descarga de pólvora es algo contagioso, y empecé a tocar de gatillo, rogándole a nuestra buena Madre María que evitase que los ciento diez kilos de Tonio viniesen a interponerse en mi trayectoria de tiro.

Tres píldoras repicaron y tracé una oblicua.

En medio de aquel infernal follón, Tonio me llamaba. Las detonaciones habían cesado, pero no se perdía nada en el cambio. Era como si un ejército de Beattles enloquecidos, andarán interpretando «yeyé» a base de destruir la casa.

Me acerqué, y el estruendo llegaba a su etapa final. Unas sacudidas más, y renació la calma. Con excepción de unos lamentos de alguien que no debía estar contento. Y la voz de Tonio orientándome:

—Vas bien, Bruno. Dame luz. ¡Y tú, basura, cállate ya o despertarás a los niños!

Encendí mi linterna de bolsillo, y como cuadro valía la pena. Un verdadero destrozo. En el centro, medio recubierto por toneles, cajas, cubos de basura, Tonio agarrando a alguien bastante polvoriento.

De vez en cuando, el pobre lanzaba un hipo. Era el guapo que

jugaba al billar eléctrico cuando llegamos al Bar-Barra.

—¿Está muy estropeado? —le pregunté a Tonio.

—Yo qué sé. De todos modos, es un comediante. Se queja para inspirar clemencia. Toma su violín.

Me tendió un «Mauser» de cañón aún caliente. Le ayudé a liberarse, a él y al otro, del montón de porquerías y apremié:

—Hay que salir pitando. Toda la casa y las vecinas, deben estar indignadas por el barullo. Y los polizontes no estarán lejos.

—Pitando.

Tonio sostenía al vencido por el cuello de la pescadora. Vivía. Pero debió recoger un par de peladillas en el hombro a juzgar por la sangre que le estropeaba la camisa y la pescadora de ante fino.

En cuanto a la cara, la tenía como un mapa. Se dejaba llevar por un codo y el cuello, pero por si acaso, Tonio le advirtió:

—Si mueves una pestaña en mala dirección, considérate occiso.

Creo que comprendió la indirecta, porque ya no demostró sino resignación.

De los pisos bajaban llamadas, interpelaciones y comentarios. El gallinero despierto fuera de hora, estaba alborotado.

Fuimos recorriendo patios, cubiertos o no. Subíamos unos peldaños, y bajábamos otros tantos. Y así seguido. Nuestro prisionero se aguantaba el brazo izquierdo con la diestra, y a instantes, cuando Tonio le empujaba, emitía un gemido, para recordarnos que estaba casi inválido.

Le pasaba lo mismo que a nosotros. No conocía aquel maldito laberinto de ciudadela. Por fin, a fuerza de explorar, llegamos a un corredor retorcido, que por lo menos tenía a la suerte de dar salida a una calle. Ahora se trataba de saber dónde íbamos a salir. Me asomé a estudiar el terreno. Estábamos a unas cuatro callejas del Bar-Barra. Me aproximé al local de nuestra primera visita. Había luces.

Y también un coche patrulla.

Felizmente, Tonio aparcó su «Tiburón» en otra calle, esquinada. Fui a ver y allí estaba el vehículo salvador. Regresé a comunicarle a Tonio la vía libre. No hubo incidentes.

Tonio empuñó los mandos y me instalé con el muchacho que estaba haciéndose el agonizante. No titubeamos. Recto a casa de Janot, el Gitano.

Pero cuando abrió su puerta. Janot puso mala cara Como si temiese que le manchásemos las alfombras. Casi dispuesto a cerrarnos la puerta, empezó a protestar:

—Pero ¿por dónde os habéis arrastrado? ¿Y a éste que ni le conozco, me lo traéis para morir en mi casa? Pero ¡bueno!, ¿es que tomáis mi hogar por el Depósito o una aldea de Saigón?

En el vestíbulo, no tarda en denegarnos hospitalidad.

—Ni hablar, compadres. No penséis que os voy a dejar pasar la noche aquí con este medio muerto.

Enojado, Tonio se quita el ojo de cristal y lo coloca cuidadosamente al borde de una repisa. Mala señal. Silabea:

—Gitano de mi corazón, creo que todo tiene solución. Todo lo que te pedimos es que vuelvas a tu lecho y nos olvides hasta mañana.

—¡Ni hablar! Os recibí como amigos, pero tal como os veo, vais a embarcarme en uno de vuestros jaleos. No, no y no. Id a jugar al indio bravo a otro lado. Buenas noches. Ya nos hemos dicho todo lo que tocaba. No siento el menor deseo de ir a parar a la «sangri» por vuestra culpa.

—Escucha, Gitano, el asunto es más grave de lo que te imaginas —sugiero.

—Precisamente, por esto mismo, no quiero saber ni media.

Y empieza a charlar sobre su posición honorable, su clase social, sus relaciones tranquilas... *¡Porca miseria!* Lo que cambia un hombre apenas tiene cuatro gordas.

—Ya hablaste demasiado, Gitano —ataja Tonio que se dispone a pasar a argumentos sólidos y formales.

Pero muy suavemente, el viejo mayordomo surge desde detrás de un cortinaje. Muy digno y grave, como si nos pidiera el abrigo y el sombrero, nos tiende las dos manos.

Pero empalman una metralleta.

La cosa no presenta dudas. No queda más que despedirse correctamente.

Apunto con el índice a Janot:

—Esto es una cerdada, Gitano. No vengas nunca a pedirme ni cerillas.

—De acuerdo, Bruno. Sin rencor. Cuando volváis limpios y sin moribundo por compañía, aquí estaré. Gaston, avisa a los familiares

que estos caballeros les están esperado.

El lacayo se limita a apartar más el cortinaje, y vienen Olga y Mario que no tienen aspecto de entender nada de nada. Les invito:

—Dadle a los pies. Nos vamos. Aquí no tenemos nada que hacer.

—Tonio —sonríe el Gitano—, no olvides tu ojo. Podría servirte.

Tonio recupera su cristal, lo limpia en una cortina, y se lo incrusta en el hueco. Los cinco estamos en el rellano. Y cerrando lento su puerta, Janot pone cara de excusas. Cierra rápido y mi salivazo mancha la inocente madera.

En el coche, Tonio acelera hacia el exterior. Olga y Mario prefieren mantener silencio porque nos adivinan de mal humor. Tonio gruñe:

—¿Qué hacemos ahora con este pesado? No lo vamos a llevar a cuentas toda la vida. Se trata de hacerle cantar lo que sepa y luego, adiós.

—De acuerdo. Varaos a pasear por la campiña.

Nuestro invitado de honor estaba medio inconsciente. A ratos gemía. Tonio internó el coche por un camino que terminaba en el lindero de un bosque. Como desierto, ideal. Y con una noche negra haciendo juego. Además lloviznaba.

En plena verdura, dejamos a Olga y Mario amparados de la lluvia. Tonio ayudó al invitado a apearse. Estaba verde el muchacho. No debía tener esperanzas sobre su porvenir. Había sacado un número malo en la tómbola del que pierde, palma.

Después de unos cien metros de campo a través, Tonio juzgó que ya estaba bien como ejercicio, y con una zancadilla experta, precipitó al guapo sobre la hierba.

La sorpresa al chocar con el hombro herido, hizo lanzar al hombre un berrido. Por su bien, le coloqué la suela en la boca:

—No chilles, amigo, o te dolerá.

Tonio había extraído su petardo, y no cabían engaños. Tenía cara de que sabía servirse de un arma. Además dispuso cualquier duda:

—No tengo paciencia. A la primera mentira, te taladro.

Empezamos el interrogatorio, a base de preguntas y sin esperar la respuesta, con tortas a modo de puntos y comas. No hay nada mejor que haber recibido instrucción y experiencia en las comisarías.

- ¿Quién eres, requesón?
- ¿Qué hacías en la tasca?
- ¿Quién es tu compadre?
- ¿Por qué buscaste riña, basura?
- ¿Conoces a Freya la Gata?
- ¿Para quién trabajas?
- ¿Vas a contestar, sí o no, testarudo?
- ¿Es que quieres morir joven?
- ¿Te llamas?
- ¿Hablas, sí o no?
- ¿Quién es Freya?

Al cabo de cinco minutos de practicar este deporte, estaba ya maduro. Es decir, que ni sabía ya dónde estaba.

Cuando lo comprendí, detuve a Tonio con un gesto y me incliné para hacer una pregunta que, esta vez, esperaba respuesta:

- ¿Quién, eres, merengue?

Susurró:

- Marcel. Me conocen por Marcel el Alsaciano.
- Consulté a Tonio que denegó. No le conocía. Proseguí:
- Ten cuidado, Marcel, si nos engañas, mueres.
- No miento, palabra de hombre.
- ¿Y tu compinche? ¿Quién es?
- Un berlinés. Gustav Rainer.
- ¿Gustav el Caracolillo? —interviene Tonio.
- Sí, el mismo.

—Ya veo —declara Tonio—. Desertó de la Legión, y se arrastra por Marsella. Es del tipo de asesino barato. ¿Y qué hacíais juntos en Lyon?

- Buscábamos a la Gata.

- ¿Freya?

- Sí.

- ¿Qué le queríais hacer?

- Nosotros, nada. Era preciso encontrarla. Eso es todo.

- ¿Quién os pasó el pedido?

- Eso sí que no puedo decirlo.

Lo cual, como es lógico, le hizo ganarse un puntapié de Tonio, pero siguió en silencio, aparte el gemido.

- ¿Quién te envió a Lyon, borrico?

Inclinándose, Tonio le acaricia la nariz con el cañón. Pero el interrogado sigue sin abrir la boca. Para salvarse, se refugia en el sufrimiento y gime entre dientes, sin mirarnos. Intervengo:

—¿Por qué nos pegasteis en la tasca? No os decíamos nada, no nos ocupábamos siquiera de vosotros dos. ¿Por qué nos tratasteis tan mal?

—Fue Gustav, mi compañero, el que me dio la señal.

—¡Seguimos sin saber por qué! —vocifera Tonio.

Era cuestión de evitarle al muchacho otra patada. Y aclaro:

—Voy a contestarte, Tonio. Oyeron mencionar a Freya, la Gata, y no les gustó. Es de suponer que tenían órdenes de desanimar a los que se interesasen por la doncella de marras. ¿Es así o no, viruta?

Marcel cabecea que así era.

Llovizna más en firme, siento cosquilleo en las narices, y estornudo tres veces seguidas. Si seguimos mucho tiempo allí, pillamos una pulmonía.

Ya está bien de ser gentil y paciente. Tengo los pies mojados y no estoy dispuesto a calarme más. Espero que Marcel se ponga sensato. Le digo:

—Último consejo, capullo. Si no te decides a contestarme correctamente, te vació un cargador en el buche y te dejamos tranquilo. Si nos dices lo que sabes de Freya y para quién trabajas, palabra que por mí, quedas libre de deudas.

—De Freya no puedo decirte nada. No la conozco. Tienes que creermelo. Precisamente íbamos buscándola.

—¿Y el patrón de la tasca os informó?

—Nada de nada. Hacía ya dos semanas que nos decía que tal vez tendría datos. Pasaban las noches, y nada. Si quieres saber mi opinión, creo que ese tipo es un confidente que intentaba saber por qué buscábamos a Freya. Se lo advertí a Gustav. Le dije que perdíamos el tiempo, pero esos alemanes son todos iguales. Les dan una orden y ya no hay modo de razonar. Lo único que nos dijo poco antes de vuestra llegada, el patrón, era que Freya seguramente se largó al sur, a la Costa.

—Bien. Te creo, por ahora. Pasemos a la segunda y última. ¿Quién os encargó esta faena?

—Federic Reni.

—Mientes, borrico. Fefé hace años que se ausentó de Francia.

—Ha vuelto —gimotea Marcel.

—Es exacto —aprueba Tonio—. Tú no lo sabías, Bruno. Hace dos meses que Fefé regresó de Argentina. Te diré más... Hace tres semanas bebí un par de copetines con él.

Ya empezaba yo a ver más claro. Federic, allá en Argentina, conoció seguramente a emigrantes comprometidos con la Colaboración. De un modo u otro, oyó algo sobre el tesoro enterrado en Italia. Se enteró de la existencia de Freya, y supo también que ella, ignorante, poseía el dato clave: el sitio donde el alijo de los quince millones estaba enterrado.

—Ya está, Tonio. ¿Sabes dónde encontrar a Fefé?

—Más o menos, sí. Por Marsella.

Marcel comprendió que ya estaba fuera de todo uso, y empezó a adquirir un color pez muerto, cuando vio que el petardo de Tonio se inclinaba negligentemente hacia su entrecejo.

Empujé con el codo a Tonio y lo aparté unos pasos. Protestó:

—¿Qué pasa ahora? Ya vivió bastante esta carroña.

—No estoy de acuerdo. Si lo liquidamos, no tardan ni dos días en encontrarle, y con el fiambre como punto de partida, darán con nosotros. Hazme caso, Tonio. Ya lo calibré a Marcel. No es cobarde, de acuerdo, pero no es del tipo de los que insisten cuando topan con hueso. Además, con su chivatazo sobre Fefé, preferiría desaparecer por la cuenta que le tiene.

Convencido a medias, Tonio gruñendo, enfundó su herramienta.

Regresé junto a Marcel que seguía tendido en la hierba.

—Te tocó la rifa, compadre. Te dejamos, pero ojito. Considérate mal visto por nosotros. Es decir, no queremos volverte a ver nunca más. Me has comprendido. No se te ocurra buscar a tu compinche Gustav, ni irte a quejar a Fefé. Te traería desgracia, créeme. Y ahora, cuídate bien, salud y vete lejos, muy lejos. Abur.

No replicó ni media. Tenía cara de no creer en Papá Noel y la lotería. Siguió tendido, inmóvil, incrédulo.

Regresamos al coche, y estornudé un par de veces. Dentro, se podía cortar el humo con un cuchillo. Hacía calor y olía soberbio el perfume de Olga. Guiñando un ojo, nos acogió Mario satisfecho:

—Vaya, ya tenemos más sitio. Oye, Tonio, no sabía que ahora trabajabas con silenciador.

Tonio prefirió refugiarse en un digno silencio. Tenía que

mantener intachable su buena reputación.

CAPÍTULO IV

Alternando en el volante, Tonio, Mario y yo, para echar sueños por relevo, llegamos al mediodía a Marsella. Olga, encajada al fondo, ha dormido como un bebé, y despierta como una lechuga.

De acuerdo con Tonio decidimos ir recto a casa de Rigo Valenti, un jeque[1], de los sólidos y correctos. Es un cerebro y sus oficinas trabajan en plan internacional, con sucursales en Tánger, Hamburgo y Quebec.

Dejamos a Olga y Mario en el coche. La Villa de Rigo tiene lujo, buen gusto y discreción. No hay nada como triunfar en la Alta Industria.

La criada que nos recibe es digna de figurar en postales para adolescentes famélicos. Raso negro, cofia de encajes y delantalito corazón. Nos precede a un salón fino, vira grupas y regresa para conducirnos a la alcoba del amo.

Rigo, de pijama crema y embutido en almohadas bordadas, nos acoge con recios estrujones de diestra. Su colcha está sembrada de Prensa.

—Llevo tres días en cama con no sé qué en el hígado. Pero estaré en forma para la boda de mi chavala. La caso con un Ricano[2], hijo del rey de la chatarra.

Su hija es su orgullo. Pensionados suizos, hablando idiomas y más educada que muchas descendientes de señores feudales.

Nos invita a almorzar, asegurando que su esposa estará contenta. Pero le afirmamos que tenemos prisa.

Se monda suavemente, mirándome y palmorea los periódicos para que capte yo que está al corriente de mi fuga. Y me propone:

—¿Necesitas un pasaje tranquilo hacia Sudamérica, Bruno?

—No, gracias, por ahora no.

—Ten cuidado. Me huelo que el aire se te pone malsano.

Tonio expone que estamos deseando charlar con Federic Reni.

Rigo menea la cabeza con aspecto preocupado:

—Éste, desde que regresó de Buenos Aires, no sé lo que planea, pero tengo la impresión que es algo con dinamita.

—¿Más o menos?

—No es revelar un secreto, notificaros que en Argentina era panderero y camisa con la colonia de «colabós» franceses.

—Eso lo sospechábamos, pero, según tú, ¿qué prueba esto, Rigo?

—Como probar, nada. Lo que sé es que los Ricano parecen interesarse mucho en Fefé. Entre nosotros, un amigo de mi futuro yerno, que debe ser más o menos del contraespionaje. Un tal Jim Randal. Yo, si me permitieras darte un consejo, Bruno, en tu situación sobre todo, sería que no te preocuparas mucho de Fefé.

—Precisamente, la pejiquera es que tenemos que ocuparnos de él.

Alza las dos manos con gesto fatalista:

—Bien, ¿qué quieres saber?

—¿Dónde podemos encontrarle?

—Frecuenta un casino por el muelle Ribera Nueva. El gerente es un tal Picot. Final de la emisión. ¿Os quedáis, sí o no, a comer?

—Gracias, Rigo. Tenemos trabajo pendiente.

Nos tiende la diestra. Y antes de salir, le largo de refilón:

—¿Puedes decirnos algo sobre una tal Freya la Gata?

Ahora sí que está sorprendido. Exclama como por nuestras aldeas isleñas:

—*¡Brava cosa sporca!* ¿Qué diablos os pasa que estáis todos tras esta Freya que nadie conoce? El Ricano del cual os hablé hace poco, el Jim Randal, también anda lampando por topar con una chica de estas señas.

Asqueado, me despido. Lo que nos faltaba, otro más en la cola de tipos ansiando encontrar a Freya.

Fuimos a mover el bigote en casa de una amiga de Tonio, una jamona campechana, Dadá, que regenta un pesebre frecuentado por navegantes. Nos pasa a su comedor personal.

Mario y Olga, disciplinados, se callan y no preguntan. Somos los mayores, los responsables. Tonio afirma tras el vermut:

—Con Fefé interesado, hay que meditar bien los pasos, Bruno. No tiene, serrín en la mollera y no es manco, aparte que tiene muy mal genio el hombre.

No lo traté mucho a Reni, pero lo recordaba. El cuarentón esbelto como un trovador, muy moreno, a lo Gary Grant, ojos mitad terciopelo, mitad acero cromado, dientes blancos y carnívoros, sonrisa Colgate para nenas, y petardo siempre amartillado para todos.

Atacando la sopa de mariscos «buillabaisse» que estaba para chuparse los dedos, Tonio le dio instrucciones a su hermano pequeño:

—Vuelves a Niza por el primer tren, para ultimar nuestro negocio. Luego, regresas con Darius, y si es posible, tratad de saber dónde puede estar Freya la Gata.

Yo aleccioné a Olga:

—Te vas a albergar en casa de tu prima Assunta. Allá me esperas hasta que me asome.

Puso cara de vinagre. Según ella, después de estar trece meses entre rejas, ahora debía pasarme yo trece jornadas sin parar en alas del amor.

Entrando a la hora del queso, Dadá me anunció que me llamaban al teléfono. Lo cual disgustó a Tonio:

—Si ya están al corriente de donde estamos, mala señal.

—¿Quién me llama, Dadá?

—No dijo. ¿Sabes dónde está la cabina? Pasillo al lado, al fondo del patio.

Salgo al pequeño patio encristalado y lleno de cajas con frascos vacíos y al fondo veo la puerta marcada con: TEL. La de al lado lleva pintado un hermoso dibujo en forma de corazón y encima el número 100. No cabe pérdida.

Entro en la cabina y apenas tengo tiempo de aplicarme el auricular. La impresión es desagradable. Viene a ser como si se desplomase el techo. La cabeza me encaja más entre los hombros. Hago un esfuerzo para volverme y esta vez la cita es con un martillo pilón. Me ausento en las tinieblas.

No debí tardar mucho en recobrarme. Por cabeza, tengo un bombo de fiesta mayor. Estoy en un coche que rueda rápido.

Al volante un argelino con canadiense. A su lado, un rubio rizado con cazadora de piel negra. Atrás, conmigo, un muchacho con cara de sapo que se apresura a hincarme su petardo entre las costillas apenas abro un párpado. Emplea un tono cortante:

—Quieto, rufián, que llevas todas las de perder.

Un estilo que debe haber aprendido en las películas.

El de la cazadora negra, se esquina en el asiento delantero. Lo reconozco. Fue uno de los que participó en la sesión de gimnasia del Bar-Barra. El que perdimos de vista. Gustav Rainer, exlegionario, liquidador a tarifas modestas.

Luce un precioso ojo a la funerala. Me sonrío aviesamente.

—Hola. Es un placer volverte a ver. Lo estaba anhelando.

—No había prisa. Ya te dejé recuerdos.

—No hables tanto —me conmina el sapo que vuelve a hurgarme con su herramienta—. Guárdate la saliva para después.

Seguimos una carretera al borde del mar, y antes de llegar a Calanque, el coche se interna por un camino montañoso, y cinco minutos después, se mete entre dos setos que conducen a una villa veraniega.

Las puertas del garaje ya están abiertas. Apenas dentro todos se esmeran en cuidarme. El sapo, siempre nervioso me toquetea los riñones para hacerme subir unas escaleras y entramos en una sala bien amueblada, pero llena de polvo y que apesta a cerrado. Persianas echadas y una bombilla que desparrama una lucecita amarillenta que no tiene nada de estimulante.

Me instalo en un sillón y en seguida me cae encima Gustav largándome dos tortazos de campeonato, que me pillan desprevenido.

Salto en pie, indignado, exclamando:

—¡Te voy a enseñar a respetar a tus superiores, salchicha!

Pero ya el sapo se ha interpuesto colocándome el cañón en el ombligo, empujando con el codo al alemán que no insiste, y encogiéndose de hombros se instala en el sillón que yo había elegido. Le digo al sapo:

—Debería darte vergüenza aliarte con un nazi.

—¿Y eso qué es? —ríe Gustav—. Curioso que todos los cretinos pierdan el tiempo metiéndose en política.

El sapo persiste en empujarme con su cañón, y calculo que puedo deshacerme de él, porque es un poco nervioso, pero Gustav no será nazi, aunque domina la estrategia. Está deseando que me ponga yo agresivo, para emplear la culata que empalma indolente.

Se oyen pasos, se abre una puerta encristalada y aparece Federic

Reni.

No ha cambiado. Esbelto, moreno, guapo y tranquilo. Está en mangas de camisa. Tergal gris, corbata tabaco.

Avanza hacia mi tendiéndome una mano adornada con un solitario de diez quilates por lo menos. Le estrecho la zarpa sin gran efusión.

Saca de un mueble un envase de escocés y dos vasos que coloca sobre una mesita rodante. Siempre en silencio, me señala un sillón y se instala en otro. Mientras rellena los vasos, yo paso el dedo por la mesa y trazo un surco en a capa de polvo. Para decir algo, comento:

—Deberías encargarles las faenas caseras a tus aprendices en vez de dejarles jugar con armas de fuego. Un día se harán daño.

—No te preocupes.

Con el pulgar indica a los dos que ya no los necesita y que pueden evacuar la sala. Lo hacen. Pero no se irán lejos. A lo más, tras la puerta.

Fefé levanta su vaso:

—A tu salud, Bruno.

—Chin.

Nos remojamos el gaznate, y los dos dedos de «Haig» me vigorizan. Tras relamerse, expone Fefé:

—Pensé que era preferible que nos viésemos y llegásemos a un acuerdo.

—¿Sobre qué?

—No perdamos tiempo. Los dos seguimos los primeros trámites de un mismo asunto. Tienes tus pistas, y yo las mías. Digamos que cada uno hemos mordido un extremo del pastel, y si tiramos en el mismo sentido, hay más posibilidades de que nos comamos el pastel. Esto es lo que te propongo. Nos asociamos.

Su voz es aceitosa y para hablar echa las cortinas de sus pesados párpados sobre pupilas de duraluminio. Me cae mal.

—Elijo siempre mis socios, Federic.

—Cuando puedes, sí.

Lo más gracioso es que ninguno de los dos tiene la menor idea de lo que el otro pueda saber. Un póker donde hay que manejar las cartas poco a poco.

Federic hace rodar su anillo contemplándose las puntas de sus zapatos de ante especial. A medida. Pero con barniz que disimula la

puntera metálica de la suela.

—Escucha, Bruno, no hay motivo para guerrear. Es posible que hayas tenido roces con algunos de mis muchachos, pero no creo que seas de la clase de los que se enfadan por bobadas.

—Tienes salero, hombre. Ya se ve que no es en tu cráneo donde crecen huevos de paloma, sino en el mío. Pero en el fondo, tienes razón. Piñazo más o menos, no es una cuestión de honor.

—Hay algo que no deberías olvidar. Estás en una situación un poco especial y no puedes llevar la batuta. Por el camino que sigues, te precipitas de cabeza en problemas. La TV y la vida son dos cosas distintas. Los fugitivos suelen acabar en la estación de salida.

Eso ya me calienta. Si no hay hombría entre nosotros, estamos perdidos.

—Fefé, un consejo. No acepto amenazas, y los chivatos los aplaudo.

No esperaba el tortazo que le coloco de revés. Se pone verde y he de reconocer que es veloz. En su diestra aparece un 765. La puerta se abre, y no falla. El sapo con su petardo.

Tengo la impresión que ahora vamos a abordar rectamente el asunto. Hasta ahora, todo fueron cortesías.

También se acerca Gustav el Caracolillo que está arremangándose dedicándome una sonrisa divertida.

—¡Lamentarás lo que has hecho, cacho de burro! —Ladra Fefé saltones los ojos—. ¿Matones a mí? ¡Planchadle!

Calculé que el primero en sentirse deportista sería el alemán, y en efecto, se abalanza entusiasmado. Le doy la bienvenida con un gancho al hígado que le coloca en buena postura para que le quite el polvo de las orejas. Puedo expansionarme tranquilo, porque los otros dos no emplearían sus petardos. Fefé me necesita para resolver su crucigrama.

He retrocedido para evitar el rodillazo de Gustav y apartarme de Fefé y el sapo que pretendían sonarme por la espalda. Tengo la retaguardia cubierta por la chimenea. Pero encajado entre un sillón y la esquina, no dispongo de mucho campo de maniobra.

Cojo un jarrón dedicándolo a la cabeza de Fefé que para esquivar se agacha rápido, tropieza con la mesita, y se cae de morros con la vajilla y frasco.

Al mismo tiempo que Gustav convertido en pez volador salta por encima del sillón y me aterriza en pleno buche, saludándome con sus nudillos en mis encías.

Voy a dedicarle una presa de muñeca que, normalmente, debería enviarle a besar el techo, cuando empieza a llover sobre mi cráneo un granizo de culatazos. El maldito sapo pega poco, pero seguido.

Rodamos los tres por la alfombra, y durante minutos aquello es un lío. Ya no sabe uno quién pega a quién. Rodamos, mordemos, perneamos, y resoplamos como focas asmáticas.

Los abrazos continúan a través de la sala, arrastrando en el ejercicio, mesa, sillones, testero, licorera y radio. Entre las astillas, bregamos sin descanso.

Hasta el momento en que de cuatro que éramos, tres lograron ponerse en pie, mientras el otro queda en la lona hecho papilla.

El otro soy yo.

CAPÍTULO V

La voz aceitosa, algo afónica de resultas del deporte concreta:

—Ahora, vas a hablarme de Freya la Gata.

Hemos cambiado de decoración. Estamos en una especie de bodega-lavandería. Me han obsequiado con un cubo de agua para refrescarme las ideas. Y me han acomodado en una silla metálica, sujetándome a ella con una cuerda de tender ropa.

Fefé está sentado frente a mí, pecho contra el respaldo de su silla. Y a cada lado, tengo por compañía al sapo y a Gustav.

—Lo que sabes sobre Freya, ¿vas a decirlo o prefieres primero escupir tus dientes? —Me ofrece Fefé.

Sería para mondarle si no tuviese los labios hechos confitura. O sea que el tunante de Fefé se imaginaba que yo sabía quién era Freya.

—Hablarás, animal, vaya si lo harás —afirmó Fefé—. A otros más duros que tú, les oímos cantar. Ya no paraban. Nos habrían contado su vidita.

Cada vez se pone más nervioso el Fefé. Por su fama, le había creído más templado. Ahora está como un crío al que le niegan la chupeta. Le aconsejo:

—Cálmate, gran jefe, o te va a dar la histérica.

Como premio encajo en el pómulo su puño, cuyo anillo me hace brecha.

—Préstale tu máxima atención, Gustav —le ordena al alemán.

Gustav luce una tira de esparadrapo rosa sobre una ceja. Ayudado por el sapo, me libran de la silla, pero sigo con las manos y tobillos atados. Me arrastran hasta un lavandero y sin el menor miramiento me arrojan dentro de aquella bañera que ya está medio llena de líquido. Un enorme grifo sigue echando agua.

El chorro me fustiga de lleno en la cara. Y no tarda el nivel en rebasar mi barbilla, mis labios, y tenso las pantorrillas cuando el

agua empieza a hurgarme las narices. Gustav cierra el grifo, y se monda mirándome. Susurra:

—El baño está servido, señor.

Me agarra del pelo y me sumerge la cabeza. Lo justo para que me ahogue un poco, y me saca. Abro una boca enorme para tragar aire, todo el aire que pueda haber en la sala. Dura poco.

Vuelvo a transformarme en batiscafo. Esta vez la sesión es algo más larga. Un nuevo estirón de pelambre y ración de oxígeno. ¡Hale, hop, otra inmersión!

A la cuarta zambullida, todo se funde, y estoy como un cegato sordo, con un ronquido de turbinas en los tímpanos. Ya no sé quién es quién. Muy lejos, al extremo de un túnel, una voz me trata de mil cosas feas, preguntándome noticias de Freya la Gata. No sé quién es dicha dama, pero empiezo a cogerle una tirria espantosa.

Oigo campanas doblando a muerto. Adiós. Me voy. Me hundo en tinieblas. Cien voces cavernosas entonan un cántico raro.

—Freya... la Gata... Freya... ¿Dónde está?... ¿Quién es?...

Que la busquen. Yo renuncio. No cabe duda que la materia de persecución tenebrosa, no se fabrica nada mejor. Todos buscando una gata.

Abro bien la boca creyendo tragar aire, y me zampo una ración generosa de agua sucia. Suena el gongo final. Tras paso el muro del sonido. Me quedo en el otro lado. Ya no hay nadie.

Esta vez debí permanecer en tinieblas un buen rato, y al reanudar contacto con mi piel, me asquea tanto, que hubiese preferido quedarme en el Limbo.

Tendido sobre el cemento, al lado del lavadero, siempre atado de puños y tobillos, húmeda la ropa por mi estancia en el agua, tengo una trompa por nariz. De un hilo cuelga una bombilla anémica. Una persiana compacta cierra la ventana. No tengo idea de si es de día o de noche.

No estoy solo. Viró un cuarto de ángulo las pupilas y atisbo a mi acompañante. El sapo. Sentado, se deleita leyendo un colorín con las aventuras de un vaquero que los tumba a todos.

Se acoda en el lavadero, en cuyo reborde está su herramienta y un frasco de coñac medio vaciado. Estamos solos. Le llamo la atención:

—¡Ey, hola!

Aparta la vista de su folleto y comenta, algo pastosa la voz.

—¿Ya despertaste? ¿Qué tal el viaje, amigo?

—Dame un pitillo, nene.

—Me llamo Duroc —y me contempla con ojos globulosos que el alcohol hace semejar dos pompas de jabón.

—Un pitillo, Duroc.

Coge su paquete de «Winston», enciende uno y viene a colocármelo entre los dos bultos que tengo por labios. Vuelve a su silla, y al gollete se sopla un trago nada tacaño.

Las primeras bocanadas de humo me dan mareo, pero reconfortan. Duroc se decide a sermonearme:

—Supongo que ya habrás comprendido la lección.

—¿Cuál?

—Con nosotros, no sirve de nada hacerse el listo.

Me cuesta, pero consigo dibujar una risita burlona. Y le digo:

—Cállate, que me das pena, hombre.

Emite Duroc un gruñido glutinoso y se dispone a seguir con su vaquero, pero medita y me pregunta:

—¿Qué quieres decir, bañista?

—Que eres el campeón de los primos, el número uno de los bobalicones.

No le dejo tiempo para enfadarse, y prosigo:

—Te explico por qué. El Fefé os toma por capullos de lirio silvestre. Le conozco hace más tiempo que tú. Cuando llegue el momento de recoger los billetes, tú, Gustav y compañía, sólo recibiréis calderilla, limosna, migajas.

—Cierra la boca si no quieres que te incruste la suela en el paladar. Y calzo el 43.

—Allá tú. Lo que pasa es que me pareces un varón y no una criatura. No me agrada que esta basura de Fefé te embarque en un golpe grande, y se quede con billetes largos.

Duroc se sirve otra ración, desdeñoso. Hojea las hazañas de su vaquero y tras cinco minutos de silencio, pregunta ceñudo:

—¿En tu caso qué tienen que ver los billetes largos?

—Ah, ¿conque no estás enterado, chico? Me lo suponía. ¿Por qué te crees que Fefé busca a la Gata?

—Yo qué sé. Debe ser una chavala que no juega limpio. Como tú, carroña. Y Fefé tiene sus motivos, es el patrón y no necesita dar

explicaciones.

—Peor para ti, si te cepillan para que él recoja una montaña de billetes. De acuerdo, yo no valgo ya gran cosa, pero tengo amigos y ellos no me olvidarán, créelo. Si no eres un marisco, dame un trago y se acabó la charla.

Titubea, y viene a insertarme el gollete en la pulpa labial. El coñac entibia mi garganta. Corta la corriente y protesta:

—Un poco más y te zampas el fondo, amigo.

Limpia el gollete en su manga y parece enfocar el techo con larga-vistas. Gorgotea en gárgaras y dejando el frasco, vuelve al ataque:

—O sea, que según tú, de por medio hay una montaña de billetes.

Ya mordió el anzuelo. Todos somos iguales. Hermanos universales cuando se trata de puerca plata. Le cuento el negocio del tesoro arramblado por los policías corsos.

A medida que me oye, se le redondean las mirillas, y chupa del frasco para aclararse las ideas. Cuando acabo, él no quiere parecer un ingenuo.

—Muy bonita la historieta, pero ¿qué prueba tengo de que no sea un cuento para chinitos subdesarrollados?

—Tengo fama merecida de no leer novelas rosas, yo. Déjame que pueda demostrarte que mi cuento es pura plata.

—Ya, ya, como que yo soy tonto.

Levanta el frasco y lo mira al trasluz. Seco. Lo tira en una cesta de ropa sucia y se larga a buscar por la casa, una nueva provisión de líquido.

Regresa a los diez minutos y está verdaderamente escandalizado. Me toma por testigo:

—¿Te das cuenta? Los muy guarros se las piraron cerrando la botillería. Todo porque este abusador de Fefé se imagina que yo bebo demasiado. Y el alemán siempre le da la razón, lamiéndole las botas. No puedo tragarlos a los teutones. Un tío mío estiró la pata en un «stalag». Y pensar que ahora, por culpa de un enemigo de Francia, no puedo siquiera apagar la sed, me hace hervir la sangre, ¡reconcho!

—El que tuvo pupila fue Marcel el Alsaciano.

—¿Tú le conoces?

—Algo. Nos tratamos en Lyon, y vaya si se apartó de Gustav, apenas le hablé amistosamente, como a ti. Y también se alejó de Fefé. Porque él sí que comprendió al instante, dónde estaban sus beneficios. Conmigo.

Me vuelve la espalda, y recupera su colorín. Pero las aventuras de Kiddy Pampum ya le dejan frío. Necesita tiempo para masticar, digerir y rumiar mis frases. No tardará en volver al anzuelo. No falla.

—Oye, corso, ¿tú conoces a Freya la Gata? No te pido que me digas dónde se esconde. Te digo si la conoces.

—No estaría aquí, si no fuese así.

—Claro, pues sí, claro. Y afirmas que gracias a ella, ¿podrás palpar la billetada?

—Como si ya fuese contando los fajos.

—Ya. Pero ¿y yo? ¿Qué papel juego en este asunto?

—El de fiambre, si sigues dejándote pastorear por Fefé. Ahora bien, si demuestras un poco de inteligencia, te forras.

—¿Cuánto palpo si ganas?

—Cien de los grandes. Firmado.

Saca del bolsillo algo cilíndrico. Pulsa el resorte y bajo mi nariz brota con un chasquido la hoja de la navaja cabriterera. Para acabar de impresionarme, se pone a mugir:

—¡Te rajo en canal, te destripo! ¿Me oyes bien? Te despanzurro si cometes el error de engañarme, corso.

Y se dedica a tajar las cuerdas de mis tobillos y muñecas. Puedo levantarme como un viejo paralítico. Hago un poco de gimnasia para recobrar el uso de mis miembros. La cabeza campanillea un poco, pero no es el momento de hacer remilgos.

Duroc no me pierde de vista. Guarda su cuchillo, y ha deslizado el petardo en su funda ombliquera. Palpa la culata y afirma:

—Hay que darse prisa. Los otros pueden volver de un momento a otro. Camina delante, corso.

Salimos de la lavandería, seguimos un pasillo, bajamos peldaños y entramos en el garaje. No está el coche, pero cerca de la puerta hay una moto

«D. K. W.»

de buena cilindrada.

—Tú conduces, corso. Si no sabes, te explico.

Abre la puerta, y empuja la moto hasta la alameda del jardín. Al otro lado del cacharro toco con la zurda el manillar. Y le enlazo el cuello a Duroc.

Apretando fuerte, como si el hueco de mi codo fuera un cascanueces. Pone los ojos en blanco y se desmadeja. Toma baño. Toma candela en los pulmones.

Le suelto y se arruga sobre un parterre de rosales. Tiene para rato antes de meditar en la ley infalible. El que engaña a uno, traiciona a todos.

Monto la moto y la embalo apenas abandono el jardín.

La noche es dulce y perfumada.

CAPÍTULO VI

El aire, el frescor de la noche y el viento de la carrera acabaron de resucitarme. Lo mejor era ir directo al local de la prima de Olga, el Pastis Club, puesto que la dirección privada de Assunta no la conozco. Abandoné la moto tras la Bolsa y volví a pie hacia Saint Ferreol. El local de Assunta estaba a dos pasos.

No iba yo muy presentable, y el club tiene pretensiones. El portero, con ínfulas de almirante, iba a reservarme el derecho de admisión. Copié la mirada de una cascabel, y se apartó.

Atravesé el bar, recto hacia la trastienda privada.

Assunta, la prima de Olga, estaba precisamente remontándose el ánimo con un tónico, sentada ante su tocador. Dilató los ojazos al verme entrar sin llamar, pero al reconocerme, fue gran señora.

—Fuera, tú.

Y el gorila que, cumpliendo su deber, me había alcanzado en el dintel, saludó, yéndose. Me instalé en el sofá que ocupaba todo un ángulo de la sala, y Assunta, extrajo del radiobar lo necesario para preparar una de sus mezclas que hubiese devuelto la salud a un esqueleto.

—Bienvenido, Bruno. Ya sabes. Estás en tu casa.

Chocamos copas. Buena chica. Poca cosa en talla y peso. Una de esas muñecas a las que resulta imposible calcularles la edad. Según Olga, su prima rondaba los cuarenta y cinco, pero las mujeres añaden tacos a las otras. Assunta tenía éxito con sus cincuenta kilos, melena negra con flequillo, ojazos tenebrosos, y cristalina voz de la que se sopla sus cuarenta tónicos por noche.

Distinguida en su vestido negro liso, un pitillo turco en su larga boquilla de oro macizo, y comentó:

—Te hicieron perrerías por lo que veo, Bruno.

—Olvídalo. Los que así me trataron, los traperos los recogerán antes que amanezca.

La trola es útil. Cuestión de prestigio. Me explica Assunta:

—Olga y un amigo tuyo pasaron hace poco preguntando por ti. Estaban preocupados. Telefonarán y ella ha de volver aquí. Estás en tu casa, si quieres dormir. ¿Tal vez tienes hambre?

—Tengo.

—Te traeré lo adecuado. Si quieres mudarte, Olga dejó tu baúl-armario. Voy a prepararte algo decente para masticar.

En el maletón, provisto por Olga, estaba todo lo necesario. Cinco camisas, dos pares de mocasines, dos trajes, el neceser de aseo, una «Lüger» y tres cargadores.

En estos detallitos es donde se reconocen las verdaderas amas de casa. Me revestí un pijama de cebrá verde, internándome entre las dulces sábanas. Assunta trajo un filete de tres pisos con guarnición, una ensalada de frutas, todo regado con champaña.

Me deslicé en el país de los sueños, y dormí, dormí. Cuando me desperté, Olga estaba a mi lado, y apenas entreabrí un párpado, sus labios trabaron contacto. Luego volví a dormir hasta que me sacó del lecho un telefonazo de Tonio.

El buen bruto casi se atraganta cuando reconoce mi voz. Supongo que su ojo de cristal debió dar tres rotaciones en su cuenca.

—¡Oh, Bruno! ¿Eres tú? Me contenta. Oye, puesto que eres tú, ven pitando. Figúrate que estoy con el yanqui. Jim Randal.

Me explica que tras mi desaparición, llamó a Rigo Valenti para ponerle al corriente. Rigo dijo que se ocuparía de la cosa, y en la espera, le puso en contacto con el amigo de su futuro yerno. El llamado Jim Randal. Según Tonio, el tipo sabe mucho del negocio, y posiblemente podemos entendernos.

—Conformes, viejo. ¿Dónde voy?

Me da la dirección de un local cercano a la estación marítima de La Joliette. Conozco. Es un rincón donde vienen a traficar los mayordomos de hoteles navegantes. Sirve también de estafeta de Correos.

Paso a afeitarme y Olga me informa:

—No creas que perdí el tiempo. Toda la tarde y parte de la noche estuve enterándome sobre Fefé y su panda. Tienen una chabola por Calanque.

—Ya la visité, paloma.

—¿Sabes también que tienen el cuartel general en Cannes, en la villa de un anticuario armenio de La Bocca?

Tomo nota mental. Todo puede servir, llegado el caso. Estirando sobre todos los cabos de cordel que se presentan, alguno puede, por carambola, desenredar la maldita madeja.

Poco antes de la una, penetro en la tasca donde Tonio está instalado con un desconocido ante un andamio de ostras, moluscos y percebes, y jarrillos de blanco seco. Me siento entre los dos. El patrón trae plato y vaso. Nos deja. Tonio, con un percebe señala al otro, y dice:

—Randal Jim. Rostas Bruno.

Ya estamos presentados y ataco la fruta marina. A primera vista, el yanqui me sienta bien. Menos alto que Tonio pero tan ancho, y debe ser de los que rechazan chicas cada hora.

Viste pasable, salvo la corbata donde pelean colibríes, peces voladores y sirenas fluorescentes. Lo que llama la atención en su cara, son los ojos. Dos ostras inexpresivas. Y de pronto algo zozobra en la mirada de Jim Randal.

Se tiene la impresión de que los centros de las pupilas se han convertido en bocas de revólver. Dos puntitos inhumanos, implacables. Yo me entiendo cuando afirmo que esta característica es la de los matarifes natos.

Ahí es donde se les identifica. Unos tendrán cara de monaguillo, otros de verdugo, pero siempre parecen ciegos que no os ven o que están perpetuamente ausentes. Hasta que se produce el «clic». El instante en que la pupila deja de ser transparente, y barrena. Una fracción de segundo, pero basta y sobra. Ya sabe uno con quién se las juega.

Es él quién se decide a abrir el fuego. Habla francés sin el menor acento, y casi ni entreabre los labios. Empezó resumiendo lo que ya debió decirle a Tonio, porque éste, sin dejar de triturar, asentía cabeceando.

—En definitiva, los tres caminamos por la misma senda, y no menciono a los demás. Pero no tenemos la misma meta. Vosotros buscáis la pasta, y yo, por razones que no puedo aclarar, son los documentos lo que quiero. Exactamente una serie de fotocopias de notas, cartas, talones de cheque que no deben ser vistas, o por lo menos, salvo y bajo condiciones. ¿Me entiendes, Bruno?

—Entiendo.

—Según informes indudables, estos documentos están escondidos con las joyas, por los alrededores de Verona. Y si nos ponemos de acuerdo podemos llevar esta faena juntos los tres. Si tocamos puerto, me quedo con los papeles, y los valores para vosotros, menos una parte mínima que os dejo calcular. No soy goloso. ¿Me entiendes, Bruno?

—Trato hecho, si Tonio está de acuerdo.

—Lo estoy, y tú llevas la voz cantante, Bruno. Señálale el porcentaje.

El yanqui alza tres dedos riendo silenciosamente. Capto y expongo:

—¿Te parece bien el tres por ciento, Tonio? Aparte todos los papeles, hasta los de envolver, para él.

—Adjudicado al caballero.

Con esto, ya queda firmado el contrato. Randal une las yemas de índice y pulgar, formando círculo. Equivale a rubricar ante notario. Y nos explica:

—Desde Buenos Aires, acecho a Fefé. Se relacionó con Gestapos franceses especialmente un tal Henri Prades que había trabajado con los policías corsos en París, y que tenía que saber detalles.

—El tal Prades, le conocí —interviene Tonio que es la enciclopedia por lo que se refiere al ambiente barriobajero—. No era un mal tipo, pero demasiado oportunista. Si regresase, no daría ni diez pasos por Francia sin que lo transformaran en espumadera.

—Trabajo ahorrado —afirma Jim— porque lo dejaron como un colador allá en Buenos Aires. Corrieron rumores, sobre si la defunción fue obra de Fefé. Lo cierto es que poco después de la muy sentida desaparición de Henri Prades, que bajó a los infiernos en la flor de la edad, Fefé Reni embarcó para Europa, y aquí lo tenemos en acción.

Randal hablaba sin dejar de trasegar bocados. Masticaba gravemente, con lentitud, como si dispusiera de la eternidad y casi con ternura cuando se echaba un vasito de blanco, paladeándolo. Me simpatizó su modo de comer. Limpio, sin casi abrir la boca.

Enseña mucho el modo de deglutir de un tipo, cuando no está podrido por modales equivocados y educación hipócrita. Y abordó el tema principal:

—En cuanto a Freya la Gata, prácticamente no sé nada de nada.

—Estamos igual.

—Sí, pero yo tropecé con la hermana.

—¿La hermana de Freya?

—La misma. Una rubia de unos treinta que trabaja en el centro de Marsella, en la sección perfumería de un «Uniprix».

—¿Y de noche en la sección intermitente? —Se guasea Tonio.

—No, no. Es viuda, y la vecindad de comadres se queja de no poder chismorrear. Pude hablar un poco con ella. Creo que sabe dónde está su hermana, pero tiene un pánico atroz.

—¿De qué?

—De verse mezclada en un lío espantoso. La perfumista desconfía, y tan pronto se alude a su hermana, se encierra en la concha y se coloca un candado en la boca.

Interviene Tonio señalándome con una pata de langosta:

—Por lo que oí, esta rubia es una verdadera oca. Cree en príncipes gentiles, y pensé en ti, Bruno. Le compras un cepillo de dientes, las flechas y cuando es toda tuya, le sonsacas lo que concierne a su hermana. ¿Qué te parece?

Chupé una ostra para reflexionar. Randal comentó:

—Desconfió de mí porque fui demasiado recto a por Freya.

—Acepto, y espero que por lo menos la rubia no es un espantapájaros.

—Se llama Yola, y es potable.

Era accesible. Aparte ser demasiado rubia y su lápiz de labios muy graso, el resto era casi succulento. Un busto natural y pleno, manos de artista y unos ojos preciosos. De un azul muy claro, límpido, brillante, con un terciopelo en el batir de pestañas que solamente tienen las bobaliconas.

La capa de pintura no lograba estropear el dibujo de sus labios pulposos. Comprando un tubo de pasta y dos jaboncillos, le expliqué que estaba de paso por unas semanas, y que no me confundiese con un pueblerino conquistador barato, por favor, pero la soledad me agobiaba.

Total, aceptó tomar un aperitivo, y a las seis y media la esperaba ante la salida, al volante de un «Alfa», blanco descapotable, que para la ocasión me prestó Randal.

Llevé a Yola a copear al Panam. Al desembocar en la

Cannebiere, avisté en el puerto viejo, grupos en torno a cámaras de cine, y eso me dio ideas para orientar la conversación.

Apenas instalados ante dos dobles de vermut con *gin* empecé con el cuento:

—Como no tardará en saber, me ocupo de cine. Estamos ahora filmando exteriores en Marsella. Por cierto, con el físico que usted atesora, es un crimen despachar crema de afeitar y lociones para calvos.

Se ríe como si la cosquillease. ¿Por qué será que cuando nos dicen que somos guapos, nos ponemos tan tiernos? Y entro ya a mazazo limpio:

—¿No le han dicho que se parece a la Marlene Dietrich cuando tenía veinticinco años?

Pestañea en el colmo del embeleso. Pobrecilla. Lo que tiene uno que hacer para ganarse la vida...

—Cuando quiera puedo recomendar al cámara que le saque unas pruebas.

Siente impulsos de arrojarse a mi cuello, pero para algo es mujer. Nacieron todas disimulonas. Adopta un aire de modestia pudorosa:

—¿Las fotos han de ser obligatoriamente... ligeras?

—Calumnias. Tres planos de frente, vestida; tres de cada perfil, vestida y si acaso el cámara tiene telarañas en los ojos y no sabe adivinar por lo visible, entonces a lo sumo, tres planos en bañador.

Ya está hecha papilla. El camarero es un lince y basta una señal para que recambie copas. A la tercera dosis, le ofrezco a Yola cenar amistosamente. Añado que luego podríamos darle a los pies en un sitio donde la música es música y el champaña es legítimo.

—Oh, cuánto lo siento. Esta noche es imposible.

—Supuse que era usted viuda —y le apunto las dos alianzas.

—Lo soy, pero esta noche viene una amiga de la infancia.

—¿Nunca libre por la noche?

—De vez en cuando.

—Entonces, ¿cuándo será?

—Mañana por la noche.

Bueno, ya no cabe perder el tiempo. Pretexto un vistazo de control sobre los operadores, director y estrellas. Me sigue extasiada, apunto de fusión, pisando sobre nubes. Se supone ya

rivalizando con la Sofía.

En la carroza, no llevo rodados ni veinte metros, cuando vislumbro un inquietante «404» negro que nos viene encima. Acelero de pronto. La granizada de píldoras ha crepitado sobre la carrocería posterior.

Atrás restalla un tiroteo. Tonio y Randal montaban la guardia, presintiendo posibles sorpresas.

La avenida se vacía, como por magia. Apoyo a fondo el pedal. Era hora. Otra andanada de chupinazos, esta vez a retaguardia, zumba en torno. Y los silbatos policiales empiezan a funcionar. Sudo a mares.

Y a mi lado, oigo a la rubia que se monda contenta, opinando:

—Es formidable lo bien que resulta esta escena. Hizo bien en no avisarme y así la sorpresa es fantástica.

La pava se cree que los plomos son de papel masticado, y las explosiones, petardos inofensivos. Es preferible, porque si la pobre comprendiese que no hay truco, tendría que conducir ensordecido por chillidos en do mayor.

La sesión continua. Va a tener su ración de cine la tórtola. El «404» ha debido tomar un viraje sobre el flanco, y me está enfilando.

—¡Bájate! —le bramo a la rubia que lanza grititos de alegría.

—Es formidable, formidable —silabea maravillada.

Comprendo. Está medio curda. Pero no quiero que me la conviertan en criba. Vale su peso en oro y piedras preciosas, la hermanita de Freya.

—¡Agáchate ya!

Han aparecido telarañas en el parabrisas. Y esta vez ella se deja resbalar del asiento. Respingo. ¿Estará...? No. La oigo reír.

Bruscamente, freno arrimándome al bordillo, y los otros, llevados de su impulso, pasan de largo. Perseguidos por el «Tiburón» que conduce Tonio acompañado de Randal que parece disfrutar escupiendo plomo.

El «404» hace un extraño, zigzaguea de una acera a otra, y finalmente al extremo de la segunda manzana arranca una farola y se instala entre las mesitas de una terraza de cafetería.

Ahora, aire. Viro por la esquina, para dar un rodeo, y embalar tras el vehículo de Tonio, que penetra por un lateral, por donde me

adelanto, ya que ellos han puesto la marcha a ritmo ciudadano tranquilo.

La pava mareada se incorpora, y anuncia:

—Caramba, pudo usted avisarme, y así no me habría llevado un susto, cuando la última escena... ¡Oiga! Tengo que apearme, porque vivo en Trois Mais, y se hace tarde.

—De acuerdo.

Atrás oigo roncar el bólido de Tonio. Delante, vía libre. Espero que nadie nos siga. Finalmente, llegamos cerca de la estación Trois Mais. Miro atrás. Jim Randal me hace señales de que todo va bien. No nos siguen.

—Bueno, Yola. Tengo que volver a mi trabajo —y deslizo dos billetes grandes en su bolso—. Para el taxi.

Lo cargaré a gastos de representación. Conmovida, ella saca el busto al estilo coproducciones italogalas, y susurra:

—Entonces, ¿cuándo nos vemos, Bruno?

—Mañana a la tarde a las seis y cuarenta, pero no a la salida, sino en la esquina Ferret.

Se contonea, abanica las pestañas, y tengo derecho a una ración de lubricante rojo que me embadurna el labio inferior, las encías y medio paladar.

¡Caray, cómo besa la viuda! Ahora comprendo que su pobre marido muriese joven, aunque feliz.

Se apea y se despide con monerías, perdiéndose en la noche.

El «Alfa» ha sufrido un poco. El «Tiburón» nada. Fue Randal el que tuvo la idea adecuada; para evitar consecuencias indagatorias:

—Dejaremos aquí mi cacharro, y denunciaré el robo.

Limpié con trapo el volante y los cromados. Nos fuimos en el cacharro de Tonio, y Randal nos anunció:

—Os dejo, muchachos, porque tengo que reunirme con tres Ricanos de paso que quieren salir de juerga.

Se fue. Y Tonio, por todo comentario, expuso:

—Se me abrió la gazuza. Ya es hora de rumiar algo sólido.

Bajé a telefonar. Olga no estaba en el Pastis Club me informó Assunta. O sea que Tonio y yo decidimos engullir una sopa de pescado en casa de la rolliza Dadá.

La sopa tenía clase. La tortilla de champiñones, sesos y menudillos, era un poema. La liebre al ajo, perejil y andives, daba

ganas de arrodillarse devotamente. El rosado, honesto y séquito, acompañaba bien.

Dadá vino a tomar el café con nosotros. Es de las que saben más de lo que hablan. Cualidad rara en ellas. Nos colocó a cada uno sobre la rodilla, una mano gordezuela enojada:

—Muchachos, sabéis que os quiero mucho y me hace feliz veros. Pero, precisamente porque os quiero bien, no quisiera teneros que llevar flores como no sea para vuestro cumpleaños.

Capté la indirecta, pero como si no. Nos miró fijamente y agregó:

—Ahora bien, si vuestros negocios os obligan a permanecer por los alrededores, tener cuidado, mucha prudencia y que la Buena Madre os guarde y proteja. Me refiero sobre todo a ti, Bruno.

Regresó a sus hornillos. Un poco más y se pone a cantar música fúnebre.

Tonio comentó satisfecho:

—No debe cotizarse muy alto tu pelleja, jovencito.

En la calle, preguntó Tonio:

—¿Y ahora, qué vamos a hacer?

—Lo mejor es ir a dormir. Cuanto menos nos paseemos inútilmente, mejor. Regreso al local de Assunta, ¿y tú, tienes estuche seguro?

—Rigo me dio las llaves de una pequeña villa suya, a las afueras.

Me depositó ante el Pastis. Olga seguía sin regresar. Le pregunté a su prima si sabía dónde podía estar. Me dijo que no. Como no tenía sueño, me instalé tras una mesita, para tomar digestivos.

En la pista, un falso marinero cantaba un «yeyé» portuario, evolucionando con una ninfa pasable. Luego, según el programa de mano, le tocaba el turno a la Gran Seductora Dora Dor, danzas exóticas.

La música se puso voluptuosa y las luces ídem. La seductora anunciada apareció haciendo juegos malabares con globitos de todos colores. Los globitos eran todo su vestuario. Flotaban en torno, subían, bajaban, rozaban el suelo, y Dora andulaba en el estilo Honolulu Vista-visión.

Valía la pena. Dora no era una niña. Pasaba de los treinta, y sin embargo su escultura podría figurar decorosamente en el Louvre. La cara perfecta, un perfil sin blanduras. Tenía una expresión felina,

algo así como una pantera.

Sus muy largos cabellos negros los llevaba peinados en alto moño curiosamente edificado entre frente y coronilla. Y eran suyos.

Se puso a reventar globitos con un alfiler, hasta que solamente quedó uno, negro con estrellitas, con el que jugó un rato, mientras el violín maullaba como un gato enamorado, para acabar de ponerles los nervios en punta a los espectadores.

Y teatralmente, Dora despidió el globo negro y se puso a girar como una peonza loca, acompañada por el redoble del batería. Dio dos vueltas enteras a la pista, y cuando se inmovilizó, sus largos cabellos negros se habían desmelenado en torno y formaban como una túnica sedosa.

La luz se apagó unos segundos y Dora se esfumó. Llamé a la vendedora de pitillos para que invitase de mi parte a la reventadora de globos.

Diez minutos después, Dora Dor acudía. Assunta debió decirle que yo era de confianza. Ahora vestía un largo drapeado blanco que le dejaba solamente desnudos hombros y espaldas. Había vuelto a tejer su melena en techo de pagoda. Y vista en primer plano, ganaba todavía más.

No pude impedirme una majadería:

—Tus ojos provocan incendios.

Encogió los hombros. Seguí:

—Tu boca debe apagarlos o reavivarlos, según.

Al cabo de un rato, como todas, ya estaba contándome su vida:

—No pienso vegetar por Marsella, eso sí que no. Hace diez días que llegué. Antes era estrella en París, en La Nueva Eva, y hasta filmé unos cuantos rollos. Lo que quisiera es un buen contrato para el verano, en Niza o Cannes.

—Te presentaré a unos hermanos que tienen acciones de clubs serios.

Era cierto. Los tres hermanos Ricano tenían influencia, pero si se descuidaba, la harían firmar un contrato para una costa soleada, allá por el sur del Pacífico.

De todos modos, Dora ya era mayorcita. Me la llevé a la pista al son de un mambo. En cierto momento, arqueó las cejas. Debió notar la presión de la culata de la «Lüger». Me dirigió una sonrisita. Cada vez se hacía más felina. Me hubiese gustado oírla maullar.

No pude, porque Assunta desde el mostrador, me hizo señal. Dora musitó:

—¿Te aguardo? Dentro de una hora presento mi número otra vez. Luego, estoy libre, enteramente libre.

—Trato hecho.

Assunta mostrándome la puerta de sus habitaciones, me dijo:

—Olga acaba de llegar. Tienes que verla. Tómallo con calma, Bruno.

En la sala privada, sentada en el sofá, Olga se tapaba la cara con sus largas y delicadas manitas. Al oírme cerrar, apartó las manos.

Lucía un par de ojos a la funerala.

CAPÍTULO VII

Bastó que empezase a explicarse para que se formase un taco espantoso. Como mentirosa no era talentuda. Al parecer, había estado explorando en busca de información sobre Freya la Gata.

—Ya. ¿Y dónde recogiste este par de piñazos? ¿En la tómbola de tonticomio?

—Fue un desconocido que de pronto me atacó mientras yo charlaba con una amiga.

—¿Así como así?

—Te juro que es verdad. Puede que estuviese bebido.

—Repíteme el relato, porque estoy algo sordo.

Vuelve a contarlo, y esta vez, hay variantes. Se trata de un caballerete que ya varias veces la amenazó, y que exasperado le endilgó dos toques. Esta vez, está segura. El boxeador estaba borracho. Tenía cogorza mayúscula.

—La que tiene encima una pítima de bombero eres tú.

—¿Yo? Si casi no bebí. Te juro que es verdad. ¿Pítima, yo? Vamos hombre. Es que no me dejas explicarte bien...

Y como se disponía a darme una tercera versión, la atajé:

—Para un poco, gacela. Allí está el lavabo con un hermoso grifo. Date un champú al agua, sin escatimar. Vamos, andando.

La ayudé, y mientras se secaba, volvió otra vez a inventar. Quería a toda costa hacerme olvidar sus ojazos enlutados.

—Te traigo noticias de primera. Ya sé dónde se esconde Freya la Gata.

—¿Eh?

—Tal como te digo.

Y me suelta un número de una calle. Puede que fuera cierto, pero a mí me urgía más, lo importante. Mi reputación. Saber quién era el malcriado que se atrevía a zarandear a mi novia.

—Tocante a la Gata, ya hablaremos más tarde, paloma. Lo que

me interesa es la ficha del que te hinchó las mirillas. Vamos, dime.

Empezó a lloriquear:

—Si ya te dije que no lo sé. No querrás que invente, ¿verdad? Era un rubio, alto, con traje canela. Apenas si pude verle.

Si hay algo que me irrita es que me tomen por más estúpido de lo que soy. Agarro por las crines a mi chica, la viro boca abajo en el sofá, y aplico una primera tanda de palmadas que le quitan el resuello.

Al tercer salto, tira la esponja y declara:

—Ya está bien, ya está bien, hombre. Te lo diré todo, Bruno, amor mío.

—Sólo dos cosas, vida mía. ¿Se llama...?

—Berto Sorel.

—¿Dónde tiene su palo de gallinero el Berto?

—En el Tropical, cerca de la calle...

—Conozco.

Salgo a todo gas. Solamente dentro del taxi me acuerdo de Dora. Bueno, la noche es aún joven.

El Tropical viene a ser el refugio de los aspirantes a hombres. Aprendices sin sentido del honor. Hay unos cuantos desperdigados, barajando o charlando. Al verme entrar, silencio absoluto. Se ponen a mirarme con antipatía.

Voy hacia el mostrador y dado el mutismo, pueden oírme todos:

—Si por el sector hay un varón que dice llamarse Berto Sorel, que se asome. De momento, un ataúd.

El patrón acaba apenas de servirme el brebaje, cuando se acerca un elegante. Traje sedoso, gris perla, camisa burdeos sin corbata, zapatos modelo exclusivo. Hasta lleva gemelos. Se estira los puños al plantificarse ante mí. Y anuncia calmosamente:

—Berto, soy yo.

—¿Sabes quién soy yo?

—Sí. Y vienes bien, porque tenemos que hablar.

—¿Tú crees?

—Sí. A propósito de Olga.

—¿Tú crees?

—Sí que lo creó. Pudo ser tu novia hace tres meses, pero ella y yo te calculamos una condena larga, ¿comprendes? Ahora, la considero mi novia a todos los efectos.

—¿Tú crees?

—¡Creo! Lo tomas o lo dejas.

—Toma.

Le echo en la cara el contenido del vaso, seguido por un directo en el ojo izquierdo, y el fondo del vaso besando su ojo derecho.

Tres impresiones rápidas que lo dejan bastante pensativo. Y antes que pueda reponerse del saludo, le atraigo por las solapas y le incrusto la frente entre los dos ojos.

El hombre no reacciona. Es un asco. Pero la Ley es la Ley. Le hincó un gancho corto en la nuez, doblado con un rodillazo. A modo de inicio para que comprenda que me ha enojado.

Y entonces hay cuatro o cinco que quieren intervenir en favor de Berto.

Oigo al patrón berrear:

¡Nada de tumulto, córcholis, nada de escándalo!

Es lo que me salva. El tumulto. Porque los amigos de Berto son demasiados a la vez. Y tanto desean destriparme, que se molestan entre sí, y el primer ataque degenera en confusión, porque les ayudo echándoles encima el fardo que ha resultado ser Berto.

Finto y puedo agarrar una silla cuyo volteo me abre paso. Tengo que soltarla porque se destroza en alguien y ya he podido encajarme en una esquina.

Como manda la tabla. Espaldas contra la pared, y al aire mí «Lüger».

A mi lado, el tocadiscos que pusieron a todo volumen cuando empezó el jaleo, vocifera el vals para acordeones «La fiesta de las rosas».

—¡Nada de tumulto, córcholis! —Aúlla el patrón.

Enfoco en semiarco a la media docena de guapos que han retrocedido. Creo que tienen repulsión por las armas de fuego si están al otro lado del cañón. Me avergüenza verme obligado a discutir con apocados de esta clase.

En mi ambiente lo comentarán, y dirán que voy de capa caída, que me dedico al trato de granujas mal criados.

Y todo por culpa de esta Olga que se puso a pensar que mi veraneo iba a durar de diez a quince años. Hay qué ver cómo son las mujeres.

Apenas las deja uno un poco solas, pierden todo sentido del

deber.

Se remueve un poco el equipo, y los prevengo:

—Ojo. Al primer gesto imprudente, arraso. Notifico a los efectos pertinentes, que el cargador es de doce. Mal sumados, cuento siete de vosotros.

El patrón ha parado el tocadiscos. Prefiere contar él solo:

—¡Nada de tumulto, córcholis!

—¡Cierra la boca! —le invito—. Y este trasto que vas a tocar, olvídalo. El único que telefonea aquí, soy yo.

Para que no quepan dudas me aplico el cañón un breve instante al oído. Y vuelvo a enfocar en semiarco.

Muy bonito, pero no podemos quedarnos toda la noche así. Y cuando me disponía a tomar una decisión, se abre la puerta, ¿y quién aparece?

Jim Randal.

Le acompañan tres turistas con «Leika» y cuatro ninfas con pieles caras. Todos con aspecto de transportar encima varios litros de combustible.

Pero Jim capta pronto la situación. No creo en casualidades. Casi estoy seguro que le rogó a Assunta que le indicase mis ausencias.

Jim Randal lanza un alarido apache, estimula a sus amigos, y los cuatro, como verdaderos «marines», se lanzan sobre la clientela. Algo serio. En un instante, todo el local trepida.

Vuela el mobiliario, la cristalería, espejos, tocadiscos, ventilador y la puerta del retrete. Limpieza por el vacío. El equipo de Berto no es aficionado a la gimnasia. Unos se atrincheran en la trastienda, defendiendo invisibles la entrada. Otros, han ido de cabeza a la bodega, y dos se han encontrado en la calle, catapultados a través de la ventana.

Las damas llevan rato refugiadas en dos coches carrozas. Randal y yo nos instalamos en un «Buick», gran formato, y, en marcha, me explica. Según él, paseaba a sus compañeros por Marsella de noche. Y ha sido una casualidad que entrasen en el Tropical.

Hago ver que me convence. Pero él no me cree cuando le explico que yo estaba simplemente resolviendo un asunto personal. Le pregunto dónde vamos.

Me contempla con ojeada vacua:

—Te llevo a casa de una buena amiga mía. Rachel D'Angers.

Una condesa. En tu situación, ella puede serte útil. Ya verás.

Por lo que deduzco, dicha condesa tiene toda clase de relaciones, y debe cobrar paga de la oficina de informaciones de los Ricanos.

—De todos modos —añade Randal—, en casa de la condesa estarás más seguro que en el Pastis, después del fogueo de esta tarde. Durante algunos días, los polizontes pasarán Marsella por la criba, en tu busca.

Va bene. Era un arreglo esconderme en casa de la condesa, a la cual empezaba yo a desear conocer.

Abandonamos la compañía de los juerguistas, y partimos a pie Jim y yo.

—Está aquí mismo —me dijo Randal.

Y, en efecto, la condesa habitaba a dos pasos del centro. Tres pisos con ascensor y pasamos al suntuoso domicilio de Rachel D'Angers.

¡«Miseria», vaya fenómeno de señora! Una matrona monumental, revestida de seda malva, escotada y coquetona. Era un espectáculo asombroso verla brincar sobre sus altos tacones sin derribar los muros.

Si cuando yo tenía quince años y soñaba en el ideal de adolescentes famélicos, odaliscas bien forradas de curvaturas, la condesa se asoma por mi pasillo, en el feroz ataque, sucumbo o triunfo.

Debe ser un milagro de leves armazones internos e invisibles el que permite a la condesa exhibir sus prodigiosas moles desafiantes y mantenerse en pie sin caer de narices arrastrada por su peso en salientes.

Jim y yo nos dejamos caer en sendos sillones, y la gigantesca amazona invadió ella sola tres cuartos de diván, que gimió dolorido.

Mientras, una criada tan rápida como mona, nos sirvió champaña y se esfumó. Jim y la condesa estaban hablando de los resultados de las carreras de pencos. Yo todavía no había dicho nada. Seguía dando la vuelta visual a todo el panorama que ofrecía la aristocrática Rachel.

Sus rasgos faciales debieron ser muy finos unos veinte años

antes. No era anciana ni mucho menos. Le calculé unos cuarenta y dos. Pero la invasión carnal le daba una faz lunar, donde la boquita era de piñón y los carrillos de angelote soplador.

Y encima era pelirroja hasta el incendio. La hembra ideal para un peso pesado.

Lo que me tenía apabullado era el trasto que usaba para mirar.

Una varilla enjoyada rematada por un lente. Le daba a uno la impresión de ser un bichito contemplado bajo una lupa.

Cuando se dignó abrir del todo los párpados, me sorprendió la expresión de sus ojos. Preciosos. Pupilas de un azul clarísimo, como las de las muñecas. Una mirada fija, cándida y a la vez inquietante.

Y esta mirada me recordaba otra. Ya había yo conocido a una mujer con aquellos ojos, pero de color celeste. ¿Dónde, cuándo?...

Desistí de meditar, porque empezaba a tener verdaderamente sueño. Eran cerca de las cuatro de la mañana, hora que para mi señala el salto al catre. Por fin, Jim se decidió a despedirse, y en pie, insinuó:

—Rachel, a este amigo mío es preciso que le des albergue unos días. ¿Tienes habitación para él?

—Claro que sí, Jim.

Me precedió con remilgos y sonrisitas hasta un enorme dormitorio color celeste. Lo maravilloso es que con las arrobos que transportaba conseguía un andar felino. Una verdadera gata gigante.

Apenas puse la cabeza en las enormes almohadas dormí de un tirón.

Lo que no le expliqué a Jim fue que Olga había descubierto la dirección de Freya, La Gata. Ahora que había arreglado el asunto pendiente con Berto, podía ocuparme de Freya. Pero prefería hacerlo yo solo.

Hacia las once, salí de casa de la condesa. Sus cinco arrobos deberían estar aún entre sábanas. Fue la criada la que me trajo café y tostadas, preparándome un grandioso baño. Y encontré mi ropa planchada, mis zapatos lustrados. La casa señorial, vaya.

La dirección que me dio Olga estaba apenas a diez minutos andando. Había una portera apoyada en su escoba como en un fusil de centinela. Le pregunté sin la menor esperanza:

—¿Freya?

—¿La señora Freya? Sí, es aquí. Sexto piso, tercera puerta a la izquierda. Ya verá el cartel.

Vi el letrero sobre la puerta:

«*Madame* Freya. Visitas de diez a doce y de cuatro a siete».

Eso va como una seda. Tiro de la campanilla y una especie de enana sin edad, vistiendo una bata roja floreada, abre con una sonrisa llena de mellas negras.

—¿Freya?

—Aquí es, sí, señor.

—¿Es usted?

—Oh, no, yo soy la secretaria.

Vaya. La Gata está instalada como una mujer de negocios.

—Entre ahí. La señora Freya le recibirá casi de inmediato.

Me encuentro en una salita, sentado en una silla vieja. Huele a tocino, zapatillas viejas y pipí de loro. Para variar la atmósfera enciendo un pitillo. Lo he fumado a medias, cuando reaparece la enana:

—Su turno.

Alza una cortina y me hace entrar en una sala oscura donde arde una especie de calabaza a modo de lámpara. Una voz agria me ordena:

—¡Apague su cigarrillo!

Lo aplasto en mi suela y empieza a acostumbrarme a la oscuridad. Lo suficiente, para distinguir tras una mesa redonda, una figura envuelta en un chal, y que está manipulando una baraja.

¡«Porca miseria»! La mujer que veo debe tener unos ochenta años. Rechina:

—Siéntese. ¿Qué desea saber? Pasado, presente, porvenir. Todo lo veo. Por las cartas, por la esfera, el recuelo de café, las manchas de tinta. Elija. O si prefiere, las líneas de la mano...

Ahora sí que ya no sé ni dónde estoy. Me aturde la vieja.

—¿Usted..., es Freya? ¿Seguro?

—¿Quién quiere que sea? Soy conocida y tengo certificados garantizando la extraordinaria eficacia de mis dotes de adivina.

—Pero..., oiga... ¿Freya, La Gata, es usted, sí o no?

—No cuesta nada ser bien, educado, joven. Y créame, las envidiosas y las malas lenguas que se burlan de mí, serán

castigadas. Hay que ver... Haberme apodado así, bajo pretexto que yo sentía mucho afecto por un tesoro que valía por cien de todas estas chismosas.

Ya volvemos por el buen camino. Eso del tesoro...

—No respetan ni a la muerte estos incrédulos —prosigue la momia—. Fíjese en mi Tesoro, mi adorada Tesoro, y dígame si no es una maravilla.

Me muestra con un dedo descamado un enorme gatazo amarillo disecado, colocado sobre una repisa al lado de un cráneo mondo.

Ostras, ostras, ostras... Vaya patinazo. Esta vieja lechuza nunca pudo alternar con los corsos que el año 45 huyeron de Francia. Por entonces, tendría ella bien cumplida la cincuentena.

Ya le diré cuatro palabras a Olga sobre su servicio de información. Pero estoy tan apabullado que no tengo ni ganas de levantarme, y la pobre vieja ya está bizqueando sobre su bola de cristal con cara siniestra y empieza a largarme el rollo:

—Ya veo, ya veo. Tendrá penas de amor. Una morena, alta, bonita, le quiere, pero no está libre. No se inquiete, que todo se arreglará tras un pequeño viaje de negocios que hará usted pronto. Desconfíe de una pelirroja, celosa, que intentará amargarle la existencia. No le importe. Usted triunfará. Veo también una enfermedad para un buen amigo suyo. Y ahora...

Me levanto y voy hacia la cortina, mientras ella chilla:

—¡Aguarde, aguarde! No he acabado todavía... ¡Y son cincuenta francos, no lo olvide, cincuenta francos!

Ya estoy en el rellano, cuando se asoma la enana para ladrarme:

—¡Gángster, granuja! ¡No ponga más los pies en esta casa! ¡Bribón!

Vaya suerte que vine solo, porque si llego a traer conmigo a Tonio y Randal, me luzco. En la acera compro un periódico. Lo que era de esperar. Los fuegos de artificio callejeros de la tarde anterior están en primera plana. Con una foto del cacharro embutido en la terraza del café.

El artículo notifica que en el interior del coche averiado hallaron un muerto, sin identificar todavía, con varias balas en el cuerpo. Los otros dos, vivos, amenazando al público con armas, lograron huir.

Un cuarto, herido en las piernas, acogió a la policía a tiro limpio, y murió batallando. Se trataba de un alemán, desertor de la

Legión, llamado Gustav Rainer, más conocido en el ambiente de la costa por el apodo de Caracolillo.

Luego hablaba el periodista de las investigaciones para encontrar a los ocupantes de dos otros coches, entre ellos, un «Alfa» blanco. El escritor se indignaba sobre la escandalosa actividad de ciertos miembros del hampa, cuya audacia ya no reconocía límites y cuya sola presencia deshonoraba el gran puerto.

Lo importante es que no me mencionaban. Pero si Yola lee la Prensa, le entrará el pánico retardado y en lo sucesivo desconfiará de las sesiones de cine al aire libre.

A las cinco me reuní con Tonio y Jim. Ellos también habían leído el suceso y no tenían gran esperanza en mi cita con la hermana de Freya.

—Ya veremos —dije yo—. Escucha, Tonio, conviene que vayas a la tienda, a ver qué cara pone Yola.

Jim conduce un «Buick» que le ha prestado un amigo de la víspera. En las cercanías de la tienda, se apea Tonio. Regresa a los diez minutos.

—La chica no está. Vino esta mañana, pero esta tarde no se asomó. Logré su dirección. Pero esto me huele mal. ¿Y si se tomó la tarde libre para ir a avisar a la policía y atraparte, Bruno?

—Lo dudo. No la creerían si dijese que estaba segura de tomar parte en escenas filmadas. Lo mejor es ir a ver si está en su casa.

Vamos al barrio donde habita Yola, y dejamos a Tonio en el coche, listo para embalar y embarcarnos si las cosas se complican.

—Jim y yo subimos cuatro pisos antes de encontrar la puerta con un tarjetero: «Yolande Dupont». Toco el timbre. Nadie contesta. Vuelvo a timbrar con el mismo resultado. No vamos a derribar la puerta.

No sé por qué, antes de irnos, maquinalmente, se me ocurre empuñar el pomo. Gira, y la puerta se abre. Entramos. Un pasillo que a un lado lleva a una cocina, y al otro a un comedor.

La cocina está oscura, llena de vajilla sucia y huele a sardinas.

En el comedor, entre la mesa y las sillas, tendida boca abajo, brazos en cruz, la hermana de Freya, La Gata, se ha desangrado sobre la alfombra.

Me inclino para volverla boca arriba. La pobre está todavía tibia, pero indiscutiblemente muerta.

—Canallas, valientes canallas —murmuro.

Con una mueca comenta Jim:

—Debió sufrir antes de irse a mejor vida. Han ido aprisa los verdugos de Fefé. Pero no le sacaron el paradero de Freya.

—¿Cómo puedes adivinarlo?

—Esta mujercita no hubiese resistido el primer corte. Si no hablaba, es porque no sabía el paradero de Freya.

Entre los pliegues del rasgado corpiño encuentro un broche que tiene forma de ancla marina. Pacotilla. Lo recojo y lo guardo en el bolsillo.

Jim, sin tocar nada, echa un vistazo a todo. No encuentra nada revelador. Tengo prisa por abandonar el sitio. También Jim.

Me duele ver aquella mirada extraviada de los ojazos azul celeste. Una mirada fija, cándida y a la vez inquietante.

CAPÍTULO VIII

En el coche, Tonio nos pregunta:

—¿Qué tal?

—Embala y pronto. Te explicáremos.

Le hablamos y comenta:

—Ya sospechaba yo que había algo que no pitaba. ¿Y ahora, qué hacemos?

—Resignarnos, y volver a empezar a partir de cero. Acompañadme al «Pastis» a recoger mi maleta y llevarla a casa de la condesa.

En el club, Assunta me notifica que Olga no está. Mientras empaqueto mis cosas, me dice:

—Han telefoneado preguntando por ti, Bruno. Un amigo tuyo de apellido Storni.

—Ya. ¿Qué quería?

—Verte. No dijo nada más. Me encargó que le telefoneases a la hora de cenar en casa de Dadá. Añadió que era algo muy urgente.

Cerré mi maleta, y en el «Buick» fuimos a casa de la condesa. Ya avisé a Tonio antes de entrar:

—Procuremos parecer lo que no somos, Tonio. Hombres de mundo. No hagas chistes malos.

Con tener la boca cerrada, puedo alternar hasta con arzobispos.

La condesa reluce por todas partes. En la pirámide de sus rizos rojos ha hincado un broche verde. Un «lulú» está aprisionado entre los globos adornados de encajes, y el pobre no es extraño que tenga la lengua fuera.

Tras el lente, la pupila azul de Rachel nos contempla algo irónica.

Se empeña en ofrecernos oporto, y a la tercera copa, el ojo de cristal de Tonio parece animarse. Va a soltar una burrada. Me apresuro a decir:

—Espero no causarle muchas molestias, condesa.

—Ninguna, joven. Llámeme Rachel, o como me llaman mis amistades.

—Chelina —aclara Randal gravemente.

Tonio resopla y tiende un índice hacia el torso colosal de la condesa.

Intervengo veloz:

—Es monísimo este chucho.

Tonio ensancha más la boca. Se monda. El chiste lo adivino: «A chelín por gramo, pesa usted una millonada, señora condesa». Por suerte, ella se pone a conferenciar sobre la degeneración racial:

—Hoy en día, las mujeres tienen propensión a esqueletizar sus líneas, y vistas de espaldas, es difícil diferenciarlas de cualquier mozalbete...

En resumen, aboga ella por la femineidad traducida por quintales. Solicito permiso para telefonar, y la condesa destaca a la doncella, que me trae un trasto blanco.

Llamo a Dadá, pidiéndole que me conecte con Mario. Poco después, el segundo de los Storni está al otro extremo del hilo. Le pregunto:

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Pasa que con mi hermanito, hemos encontrado a la que buscáis.

—¡No! ¿Freya?

—Ella misma. Y resulta que Darius, mi hermanito, hacia algún tiempo que ya le había echado el ojo encima.

Su risa resuena rijosa, retozona. Claro que Mario no sabía de qué se trataba. Tonio y yo solamente le habíamos dicho que teníamos nuestras razones especiales para meterle mano a cierta Freya, La Gata. Pero nuestras razones las ignoraba. Prosigue Mario:

—Venid y masticaremos algo sano en casa de Dadá.

—De acuerdo, pero sobre todo no estropeéis a la damita.

—¿Y para qué íbamos a ser tan crueles, pobres de nosotros? —ríe Mario.

Le expliqué a Jim que no podíamos invitarle a cenar, porque Dadá era muy desconfiada, y no admitía desconocidos. Jim, medio tendido en un sofá, había variado el combustible. Bebía una mezcla de champaña y vodka.

La condesa le mimaba.

Y el yanqui parecía hallarse a gusto, puesto que me ofreció su «Buick» a condición de que se lo devolviese antes de la medianoche.

Cuando ya estábamos rodando, Tonio gruñó:

—¿El yanqui no se droga, por casualidad?

—¿Y qué?

—Pues nada.

—Nos importa un rábano.

—Sí, pero a mí los tipos que se drogan no me caen bien.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque el Jim de marras, me pregunto si podemos fiarnos de él. A ratos pienso que sí, y otros que no.

—No te imagines cosas. Fue el propio Rigo Valenti quien te lo recomendó. Y a mí esto me basta.

—Sí, sí, pero cuando uno se pone a reflexionar, el Jim no deja de ser a su modo, un polizonte.

—No hemos de tener prejuicios, Tonio. Primero es un polizonte Ricano, y luego su trabajo es de tipo especial.

—No digo que no, pero para mí, un polizonte siempre es un polizonte, ya sea chino, tártaro o de la Patagonia.

—De todos modos, puede sernos útil.

—Mientras nosotros lo seamos para él.

—Me basta y me sobra.

Abandonando el mostrador, Dadá nos precede a su comedor privado. Allí encontramos a los dos Storni menores. Están jugando a los dados en torno a una botella de vermut.

Dadá empieza a poner los cubiertos ayudada por una negrita.

Mario y Darius dejan caer sus dados, y saludan respetuosamente a su hermano mayor, que gruñe:

—¿Dónde demonios habéis encerrado a la chica?

—Ahí la tienes —anuncia orgullosamente Mario.

Y con amplio gesto nos señala la negrita que se ha parado al otro lado de la mesa, con dos platos entre las manos y una sonrisa blanquísima partiendo sus labios violetas.

¡«Porca miseria»! Una negra que apenas tiene dieciocho años. Eso es lo que han descubierto los hermanitos Storni.

Tonio se rasca el cogote y su ojo de cristal se mueve peligrosamente.

Tengo ganas de pegarme una palmada en pleno rostro.

Ellos, los dos hermanitos, parecen muy contentos y están esperando que les saltemos al cuello, besándoles agradecidos. Casi se ponen indignados al ver que no damos muestras de apreciar su descubrimiento.

Mario se levanta y va a sacudir por un brazo a la negra.

—Vamos a ver si nos entendemos, nena. ¿Eres o no eres Freya, La Gata?

—Sí que lo soy. Yo soy Freya, la Gata —canturrea la hija del Caribe.

Me dejo caer en un sillón, y pido:

—Sírreme algo recio, Dadá.

Necesito beber un tónico. Es mucho jaleo para una sola jornada. Dos Freya, La Gata, una casi centenaria, y la otra color carbón y que debía jugar al aro y saltar a la comba en la época del entierro del tesoro. Esto es el colmo.

Ya no queda sino poner un anuncio en la Prensa y esperar la llegada en masa de todas las chifladas que tengan la manía de hacerse llamar Freya, la Gata.

Tonio está todo blanco, y rechina los dientes. Agarra a la negrita por el otro brazo, y le señala la puerta:

—Andando, aire, Blanca Nieves. Ya te hemos visto demasiado. Lárgate, antes que me duela el estómago.

Ella ríe inquieta, pero protesta:

—Lo juro, lo juro. Yo soy Freya, La Gata. Todo el mundo lo dirá en Niza. Hace cinco meses que trabajo en el mismo sitio. Lo juro.

Interviene Darius Storni, el menor, muy serio:

—Un minuto, sí lo permites, Tonio. Si vosotros no sabéis lo que queréis, yo tengo continuidad en mis ideas. Puesto que ya no os interesa la Freya, yo me hago cargo de ella. Que no se diga que Mario y yo nos hemos tomado trabajo gratis. Tenemos dónde colocar a la chavala allá en Escandinavia o la Gran Bretaña. Se despepitan por las morenitas.

Y ambos Storni, los pequeños, se mondan de risa, contentos.

La cena era buena, pero ni Tonio ni yo estábamos de humor para paladearla debidamente. Los otros dos Storni, en cambio, devoraban satisfechos, servidos amorosamente por la negrita.

A instantes, se me ocurría una idea. Tras las dos Freya de

pacotilla, ¿no habría alguien o algunos riéndose de nosotros? Fefé, por ejemplo. O la misma Freya, la legítima.

Todo era posible en aquella persecución tenebrosa, avanzando a Oscuras por un túnel sin fin.

Quedó decidido que los tres Storni irían a dormir en la villa del litoral. Ellos tenían su coche y sé fueron con la negrita que había degustado demasiado anís.

Yo me instale a solas en el «Buick» de Randal y decidí comprobar si había novedades por el Pastis. Olga Sin aparecer, y Assunta me susurra:

—Tendrás qué camuflarte, Bruno. Esta misma tarde han estado rondando los de la Criminal.

—¿Preguntaron por mí?

—No, pero parecían buscar a alguien.

No quiero hacer más trabajo cerebral. Tengo ya la cabeza como un bombo. Necesito reposar mentalmente y voy a la sala. Allí veo a Jim Randal con dos de sus amigos de la noche anterior y tres mujeres.

En la pista, Dora Dor está terminando su atracción. Revienta el último globito, hace el torbellino y se inmoviliza estatuaría vestida con su melena.

Me quedo en la barra y hago avisar a Dora. Aparece, enfundada en su túnica blanca. Pero esta vez no está sonriente. Casi parece que verme le produce mala impresión. La noto tensa, nerviosa, inquieta.

Le ofrezco una copa, y acepta porque no le queda más remedio. Bebe un sorbito, con aire desdeñoso.

Le pregunto amoscado:

—¿Pasa algo, seductora?

—No, nada.

—Entonces, vamos a dar un paseo, a respirar aire. No me digas que tienes que reaparecer en la pista. Ya lo arreglaré con Assunta. ¿Lista?

No diré que considera mi invitación como la gran oportunidad de su vida, pero tampoco pone mala cara al replicar:

—Un segundo. Voy a recoger mi bolso.

Dos minutos después regresa. No tiene aspecto de estar trastornada de alegría, pero esboza una sonrisa. Mala actriz.

En el «Buick» embalo hacia el mar y rodamos por la Corniche. El

silencio se prolonga. El mar es una balsa de aceite, el cielo rebosa de estrellas y la luna es de gran formato.

Abro el grifo de la radio y chorrea música dulzona. Pero a mi lado, Dora sigue siempre crispada, como si tuviera que defenderse de no sé qué. Lo único que yo esperaba de ella esta noche era pasar una hora o dos con una belleza a la cual le tiene sin cuidado Freya, La Gata, de la que ni oyó hablar.

Pasearme tranquilamente en buena compañía para salir un poco del potaje espeso en el cual me debato desde hace varios días.

Ahora se pone a tiritar. De soslayo veo la carne de gallina erizar sus brazos desnudos, y noto que aprieta los dientes para que no repiqueteen.

—¿Tienes frío?

—No.

—Enciéndeme un pitillo. Coge el paquete de mi bolsillo.

Saca el paquete, desliza dos «Chester» entre sus labios, los enciende, y guardándose uno, me planta el otro en la boca. Hemos recorrido bastante trecho. Pocas villas iluminadas. Oscuridad general.

Acabo por parar. Me cansa estar encerrado y quisiera caminar un poco.

—¿Bajamos, Dora?

De golpe, se pone gris, y ya no cabe duda. No es frío lo que tiene, sino pánico. ¿De mí? ¿Por qué? Quisiera saberlo.

—Pero, bueno, ¿qué te ocurre, caray?

No responde, y hace una mueca lamentable que intenta ser una sonrisa. Sale del coche. Debe dar la vuelta por delante, porque en el momento en que me dispongo a bajar empujando la portezuela, ella surge de la sombra a unos cinco metros, y dispara.

Tres estampidos y siento una quemazón en la mano izquierda. La muy loca, me toma a mí por blanco.

Felizmente, como tiradora es una calamidad, o a lo mejor temblaba demasiado para ajustar bien el tiro. Me salvo con el rasguño. Apenas un poco de sangre en el dorso de la mano entre el pulgar e índice.

Y ya está dando media vuelta, galopando carretera adelante. Cierro, y embrago en seco. Pronto la alcanzo, rozando con el morro su parte posterior. Dora pega un salto.

Su larga túnica flota y la molesta para huir. Y como todas las mujeres, corre mal, efectuando saltitos desordenados. La dejo tomar un poco de ventaja, siempre manteniéndola enfocada.

La gacela trota. Sus cabellos se han soltado y se esparcen como crines. Intenta un desvío para escapar de la carretera, pero nada de bromas. Inmediatamente intercepto el morro, y está obligada a seguir de frente.

Titubea, tropieza, pierde un zapato y embiste de nuevo las tinieblas.

Bastaría apoyar un poco el pedal y ya está. La recogerían con un cucharón. Pero no voy a ser tan bestia, aunque estaría en mi derecho, puesto que no fue por su gusto si no tengo yo ahora tres peladillas de plomo en la caja del pan.

Esta vez la rozo con el guardabarros, y la muy tonta, de un poco más se cae. Se recupera, que para algo es bailarina, y se lanza hacia adelante.

Titubea, y le oscila la cabeza, aparta el aire con los brazos como si fuesen alas, y todo su cuerpo trepida al ritmo de su corazón, que debe estar tocando el bombo.

Y, bruscamente, tras una última carrerilla, da media vuelta y se detiene, escondiendo el rostro entre las manos, envuelta en su larga melena. Doy un frenazo.

Respinga, vira sobre los talones, intenta de nuevo escapar, se forma un taco con las piernas y acaba por caer sobre la lona, para la cuenta.

Parece, un charco blanco sobre el asfalto.

Bajo del coche y compruebo que la dulce criatura perdió los sentidos. Su túnica está adherida a su piel por el sudor. La levanto para ir a extenderla sobre la banqueta posterior.

Dentro de unos minutos ya estará en forma. Y me extrañaría que no fuese interesante la conversación que se avecina.

Alza un párpado, luego el otro, y me desliza una mirada vaporosa, sorprendida, con la expresión de alguien que se despierta en lugar desconocido y temible.

Le paso suavemente la mano por la masa de su cabellera, animándola:

—Vamos, vamos, tranquila, la nena. La nena, la nena inocente.

En un bolsón, como era de esperar en un coche yanqui, hay un

frasco de escocés. Lo tiendo a la indispueta, que se sopla el trago padre. Y se reanima. Se incorpora y acaba por sentarse.

El único zapato que le queda tiene el tacón roto. La chica tiene la epidermis frágil y su pie desnudo está ensangrentado. La ayudo a sentarse delante, a mi lado, y arranco.

Doy media vuelta, y veo una pequeña mancha blanca. Su bolso, que abandonó, al echarse a galopar. Bajo a recogerlo: No para ella, sino para mí.

No hay nada más charlatán que el contenido de un bolso femenino.

Al lado del bolso, el instrumento del crimen. Una pequeña porquería, del 6,35, que ni vale la pena recoger. Le suelto un puntapié, deslizo el bolso entre cinto y camisa, subo y de nuevo a rodar.

—Mi... bolso —susurra mi compañera de viajecito.

—¿Qué le pasa?

—Devuélvame. Quisiera peinarme.

—Ya te remendarás luego. No hay prisa.

Son todas iguales. Unas inconscientes. Estuvo a dos milímetros de que la atropellase, y apenas abre los ojos, piensa en retocarse los labios.

—¿Me permite un pitillo?

—Tanta finura me conmueve. Sírvete, y enciéndeme uno.

Repito la faena, con suavidad, como resignada a ser mártir. La radio de a bordo no daba más que informaciones. Las últimas de la jornada. Mediado el pitillo, indago:

—Dime, criatura, ¿por qué quisiste liquidarme?

Hace un gesto de protesta:

—Yo no quería.

—¿No? ¿Los pepinillos eran para hacerme cosquillas?

—Usted no me comprendería.

—Inténtalo. Soy bruto, pero puedes hablar ya. Si no te cepillé cuando aún estaba caliente, ya pasó la tentación.

Me mira de soslayo y declara:

—Sé quién es usted.

Por su actitud, parece creer que su frasecita me iba a hacer el afecto de un mazazo.

—Claro que sabes quién soy, puesto que ayer nos presentamos,

¿recuerdas? Lo que te pido es que me ilustres, y me digas por qué sigues temblando.

—Puesto que le han mandado a usted que me mate, tanto valía que lo hiciese yo antes.

—Pero ¡bueno! ¿Estás chiflada o qué? ¿Yo, encargado de acabar contigo? ¿Por quién? ¿Y por qué?

—Ya lo sabe.

Y se encierra en su mutismo, poniendo perfil de ternera testaruda. A cada pregunta, solamente sacaba la misma respuesta:

—Le repito que sé perfectamente quién es usted.

No vale la pena insistir. Aunque le diera una tanda de tortas, no serviría de nada. Pero le advertí:

—No voy a dejarte circular libremente, hasta que no vea claro en este nuevo enredo.

Un cuarto de hora después me siguió dócilmente al piso de la condesa. Pude llegar directamente a mi nido, sin obstáculos. Apenas entramos, Dora se desplomó boca abajo sobre la cama, la cabeza entre los brazos, y se puso a llorar a fondo. Por el momento, era preferible dejarla desfogarse.

Instalado en un sillón, vacié el bolso sobre una mesita. Un pañuelito con rojo labial, tubitos, lapicitos, algunos billetes de mil, nada de calderilla, un encendedor y un llavero. Ni un solo papel, aparte algunas fotos. Las extendí como una baraja. Me hubiera gustado ser la vieja del gato disecado, para leer el presente y el porvenir.

Vaya fotos, tres de ellas. Con un globo en alto, sin globo, y mesándose la melena. Otras pequeñas, fotomatón y callejeras, con amigas; una acompañada de un muchacho. Este muchacho tengo la impresión de haberle visto. Y hasta de conocerle muy bien. Pero no es en color, y hay sombra en la parte superior de la cara.

Dejo de escarbarme los sesos. Dora, siempre tendida boca abajo, se ha cansado de llorar, y agotada está durmiendo, la muy angelical.

También yo tengo sueño. Mañana será otro día.

CAPÍTULO IX

Cuando me desperté, Dora dormía todavía. Al miedo había sucedido el asombro. Parecía casi dispuesta a demostrarme gratitud, pero, aunque fue un esfuerzo heroico, mantuve las distancias. Ella en el sofá, yo en la cama.

Acababa apenas de abrir los ojos, cuando repicaron en la puerta. Voy a abrir y veo a Olga, acompañada de la condesa en bata rosa.

Olga viste un traje sastre gris y lleva gafas negras para camuflar sus mirillas, que deben tener ahora un cerco amarillo verdoso. Cuando atisba a Dora, pone cara avinagrada. La empuja hacia el pasillo, diciéndole:

—Ya era hora. ¿De dónde sales?

—¿Qué... de dónde...? De correr por todo Marsella tras tu pista.

—¿Qué pasa ahora?

—Te busco desde las dos de la madrugada... No podía aproximarme al «Pastis», porque estaba rodeado de policía. Por fin, Assunta pudo darme esta dirección.

—¿Y para decirme qué cosa me buscabas, pichona?

—Van mal las cosas para vosotros. Fefé sabe que habéis encontrado a Freya. También sabe dónde la habéis escondido. En una villa que pertenece a Rigo Valenti, cerca del parque Borely, ¿sí o no?

—¿Quién te informó, paloma?

—Eso es asunto mío.

—Cuidado cómo me hablas, mulilla. Ya sabes que todavía no hemos acabado de explicarnos tú y yo. Palabra que, cuando tenga tiempo, te ajustaré las cuentas.

—Me harás lo que quieras, que para eso eres mi hombre, pero ahora te conviene más darte prisa. Fefé y su pandilla preparan un golpe contra los hermanos Storni para robarles a Freya.

—No me hagas reír que se me resfría la campanilla. A esta Freya

se la pueden quedar. Se la regalamos. No es la legítima.

—¿Cómo que no es la legítima?

—No es la que buscamos, pingüina.

—¿Y si tus amigos cascan, te tiene sin cuidado? Porque por lo que sé, Fefé y su banda no van a ir allá llevando bizcochos y mermelada.

Salto hacia delante donde Rachel, la condesa, casi obstruye el paso.

—¡El teléfono!

Da una vuelta y se propulsa hacia el vestíbulo, en un revoloteo de sedas, encajes y lacitos. Agarro el trasto y marco los números que me dio Tonio. Contesta la señal «ocupado». Espero minutos, y siempre el mismo cascabeleo.

Regreso a mi cuarto para vestirme, y le pregunto a la condesa:

—¿Jim?

—Volvió a las cinco de la mañana. Duerme.

—¡Sáquelo de la cama!

Antes de abandonar mi cuarto, señalo a Dora, y le indico a Olga:

—Esta pava no me la pierdas de vista. No debe salir para nada. Te quedas vigilándola, paloma.

En el salón encuentro a Jim Randal. Su ropa de «yeyé» tejano está muy arrugada, como si hubiese dormido con ella puesta.

Entre las manos sostiene un calibre máximo, que está limpiando con ternura maternal. Comprendió inmediatamente que había tormenta a la vista.

Intento llamar nuevamente a Tonio, pero sigue comunicando. O está averiado, o los hermanos están ya fuera de combate.

En el «Buick» pongo a Jim al corriente de la situación. Dada la hora, la circulación es poca, y Jim transforma el vehículo en platillo volante.

Llegamos al litoral de villas de las afueras.

Tardo un poco en localizar la casa. A menos de veinte metros, veo salir por la verja a Tonio. Parece cansado y no está solo. Le sigue un sujeto y no es difícil adivinar que le hinca un petardo en los riñones a mi amigo.

Tras ellos, viene Mario, manos en alto, acompañado también por un monaguillo provisto de un vaporizador de plomo. Los cuatro se dirigen hacia un enorme coche gris que espera al otro lado de la

amplia avenida.

Jim captó rápido la maniobra. Frenó bruscamente y acelerando de nuevo, embistió al que estaba más cerca de Tonio. Como sorpresa lo fue y el tipo surcó el aire en vuelo planeado.

Tonio se tiró al suelo. Mario retrocede hacia la verja y su escolta pone en marcha su perforadora. El plomo repica por las chapas. Del coche parado surgen también peladillas.

Pero Jim dibuja un viraje de película, y lanza en bólico el «Buick». Me toca a mí intervenir en la discusión. Se trata de acallar al que dispara junto a la verja. Le coloco un par de píldoras a modo, y cae de rodillas.

Mario se le abalanza encima para arrancarle el arma, y parapetándose en la columna de entrada, empieza a regar el coche gris.

El yanqui reanuda un nuevo viraje rechinante y nos precipitamos en picado sobre el tren posterior del coche gris. Surge un camión de leche a modo de pantalla, y sus jarras encajan la ráfaga que nos era dedicada.

El chófer debe tener las posaderas que castañetean, y su dirección sufre las consecuencias. Por un pelo no nos embiste. Jim debe entrar en la acera, y el coche gris aprovecha la ocasión para largarse.

Mario acude corriendo y gritando:

—¡Se llevan a Darius!

Tonio se ha levantado abalanzándose hacia el que salió embestido, recoge el petardo y acude hacia el «Buick».

El camión se aleja zigzagueando, dejando una larga estela de leche que brota por los agujeros de las jarras.

Mario Storni está fuera de sí. Salta atrás bramando:

—¡Vamos ya! ¡No pueden escaparse llevándose a Darius!

Tonio se introduce a su lado, y Jim efectúa una arrancada fulminante.

Con el «Buick» atraparemos pronto a los fugitivos.

—¿Cuántos son? —le pregunto a Tonio.

—En principio, dos, además de Darius, naturalmente.

—¿Fefé está con ellos?

—No.

En pocas palabras me resume el incidente. No sospechaban nada

cuando a primera hora tocaron el timbre dos tipos con gorra de uniforme. Se presentaron como cobradores del gas, que venían a leer el contador.

Apenas dentro, sacaron las armas pillándoles adormilados.

—Venían a buscar a Freya, La Gata.

—¿Y qué dijeron al ver a la negrita?

—No la vieron —interviene Mario—, por la sencilla razón que durante la noche, ella se largó sin despedirse.

—Lo cierto es que cuando se dieron cuenta de que no había ni rastro de ninguna Freya, se pusieron furiosos, y decidieron embarcarnos.

Estamos ganándole terreno al coche gris, y Tonio asoma su calibre por la ventanilla.

Comenta Mario:

—Ojo, que dentro va nuestro hermano.

Hay algo anormal en el coche gris. No va muy recto y su velocidad ha disminuido. Desde lejos parece estar conducido por un borracho. Puede también ser un truco.

Cuando el conductor nos vio llegar a su altura, hizo una señal vaga con la mano, para demostrar que no tenía malas intenciones. Y detuvo arrimándose al borde del camino.

Bajé, pistola en mano, por si era una trampa. Pero no la había. El tipo del volante perdía su sangre al por mayor. En el asiento de atrás, hombro contra hombro, Darius Storni y su guardián estaban acabados. Ya no era un coche turismo, sino un transporte funerario.

Tonio se dio cuenta. Erguido, encajó el mal golpe con valentía. Pero Mario hizo una mueca crispada y me temí que se echase a llorar. Volví la espalda para no verlo. Y también para no molestarle.

Bruscamente se puso a chillarle a su hermano mayor:

—¡Es tu culpa si Darius está tieso! Nos embarcaste en un follón. ¿Qué nos importaba la tal Freya, que no sabéis quién es ni dónde está?

Tonio Storni impuso la disciplina adecuada:

—¡Te callas, mocosos! Me duele tanto como a ti la pérdida de nuestro hermano menor. Pero hace años que os lo advertí a los dos. Si queríais entrar en los negocios conmigo, se podía cobrar en oro o en plomó.

Fue un silbido de Jim, al volante del «Buick», el que cortó la

discusión. Levantaba el pulgar dando a entender que no nos convenía permanecer allí. Mario saltó sobre el conductor agonizante que estaba dando las últimas boqueadas sobre el volante.

—¿Dónde está tu patrón? ¡Dilo ya, o te resucito!

Prefería ver a Mario en esta disposición de ánimo.

El moribundo susurró en último soplo:

—Cerca de Cassis.

No hacía falta que dijese más. Conocíamos el lugar. Y sin consultarnos, nos pusimos de acuerdo. Sólo quedaba un deber pendiente: acabar de una vez por todas con Fefé.

Mientras el «Buick» volaba, comprendí que los dos Storni no tenían más que un deseo apremiante: vengar a Darius. Localizamos pronto la guarida de Fefé.

Paramos el coche al abrigo de un viejo muro flanqueado de cipreses. Jim se quedaría al volante para asegurarnos la retirada.

Nuestro plan ya estaba elaborado. Fefé no conocía a Mario. Éste iría a llamar a la puerta principal, presentándose como agente inmobiliario, para darnos tiempo a Tonio y a mí de entrar por el jardín posterior.

Dos minutos después de tocar el timbre Mario, ya estábamos Tonio y yo saltando la tapia y aterrizando en los geranios. Avanzamos hacia el gran porche frontal. Había una mujer discutiendo con Mario.

Cuando nos vio acudir con la artillería intentó lanzarse al interior, pero Tonio ya había interpuesto hombro y pié en la puerta. Mario había sacado su calibre y la doncella estaba realmente abrumada. Pregunté:

—¿Dónde está Fefé?

—Se fue —silabeaba entre castañeteo dental.

—¿Dónde, cuándo?

—A Marsella... Hace apenas media hora.

—¿Cuántos?

—Él y dos amigos.

—¿Qué iban a hacer a Marsella? Esperaban aquí el regreso de un grupo.

—Es verdad. Pero recibió un telefonazo y parecía urgente.

—¿De quién?

—No lo sé. Juro que no lo sé.

Tonio le enseña la diestra abierta. Aquel despliegue de zarpa, convierte en voluble a la doncella.

—No lo sé, lo juro, y todo lo que puedo decir es que parecía tener relación con una mujer llamada Freya.

Mario está irritado y le agarro la muñeca cuando se disponía a soltarle un toque a la pobre, que lagrimeando, balbucea:

—No miento... Les oí hablar de Freya... Iban a buscarle a casa de una condesa...

Mario había ya comprobado que la casa estaba vacía. Le indicó Tonio:

—Te quedas vigilando a la fámula. Te proteges en el jardín. Cuidado, porque Fefé y sus compinches pueden regresar pronto. No te inquietes. También nosotros.

Tonio y yo partimos al galope. Jim Randal capta de inmediato que tenemos prisa cuando le doy la dirección:

—¡A casa de tu amiga la condesa!

Batimos el record. Con la debida prudencia al penetrar por el casco urbano. Irrumpimos en el piso de la condesa, que en compañía de mi novia, estaba sollozando ruidosamente. Al vernos, prorrumpió en lamentos:

—¡Cielo santo! Estos crápulas me desvalijaron el cofre. ¡Mis joyas de familia! ¡Los bandidos!...

—¿Qué pasó, caray? —La ataja Tonio.

—Eran dos, armados como piratas. ¡Todas mis joyas! ¡Pobre de mí! —Y de pronto me dirige un índice acusador—. ¡Es culpa suya, joven! Esta muchacha que usted introdujo clandestinamente en mi morada esta noche, era cómplice de ellos. ¡Eso es!

—Oiga, condesa, ¿se le soltó un tornillo o qué? —sugiero asombrado.

—No, no estoy loca ni mucho menos. Lo repito. Dora era cómplice de estos forajidos. La prueba es que se fueron con ella.

¡Miseria! Todo se aclaraba ya. Freya, La Gata, era Dora Dor, la de los globitos.

CAPÍTULO X

Si yo fuese menos bruto, hubiese adivinado que Dora era la Gata, dado su extraño comportamiento conmigo. Lo hubiese tenido que adivinar exactamente en el mismo instante en que intentó taladrarme.

Ahora, ya era tarde. Alguien debió informar a Fefé, que vino a recogerla como una margarita en casa de la condesa, y ya puesto en faena, aprovechó para limpiarle la caja fuerte.

Bajamos, y en el «Buick» agarré el volante. Sumido en reflexiones, tardé en darme cuenta que la condesa y Olga se habían instalado atrás con Tonio, mientras Jim se colocaba a mi lado.

Eso sí que me jeringó. No me gusta que las ninfas se entremetan en mis negocios, y menos una foca como la condesa Rachel. Le pregunto:

—Oiga, ¿quién la ha invitado, señora?

—Supongo que usted se dispone a entrevistarse con mis ladrones. Tengo derecho a ayudarle a encontrarlos.

—¿Ayudarme? No me haga reír, condesa, que me duelen las encías.

—Ría todo lo que quiera, joven. No ha sido su cofre el que vaciaron.

Me está empezando a calentar la jamona con su altivez. Prosigue:

—Usted se permitió introducir en mi casa a esta pécora que era la cómplice de los rateros. Si le parece eso una demostración de listeza...

—¡Ya está bien, gordita! Échate una cremallera —protesto.

Jim se da cuenta que estoy algo mosca. Interviene:

—Vamos, vamos, frenen un poco los dos. No es momento de discutir.

Tiene razón. Y mientras embalo por la carretera, medito. ¿Y si la

condesa tuviera razón, y Dora estuviera conchabada con Fefé y le telefoné para avisarle? ¿Pero de qué?

Esto es lo que precisamente me tiene perplejo. Cabe la suposición de que el cofre de la condesa contuviera ciertos informes referentes a Freya. Papeles, fotos, cualquier dato.

Cuando el cerebro empieza a echar humo, lo mejor es cerrar la espita. Sin volverme le indico a Olga:

—No creas que me olvido de la cuenta pendiente.

Ella prefiere callarse. Comprende que no está la cosa para bromas.

Nos vamos acercando al final de trayecto. Ya estamos en las proximidades del domicilio de Fefé. Bruscamente, crepita una perforadora.

La acogida de rigor. Ha entrado en funciones la artillería, lo cual hace pensar que nos esperaban. La casa expulsa pólvora por todas sus aberturas, puertas y ventanas.

Jim, Tonio y yo saltamos del «Buick», para irnos a proteger tras una tapia. Otra sulfatadora entra en acción. Es Mario. La localizamos por oído. Se ha parapetado tras una hilera de árboles.

Y los cristales de las ventanas empiezan a estallar, lo cual nos permite a Tonio y a mí, saltar nuevamente la tapia. Jim nos sigue.

Apenas en los parterres, apercibimos a Mario, que a unos diez metros nos hace señales de acercarnos. Lo hacemos a lo comando. Codos y rodillas. Por señas distribuimos la faena.

Mario inicia la carrera a retaguardia de la casa, mientras Jim, entre la arboleda, abre fuego a discreción para cubrir nuestro asalto. Mario, que tuvo tiempo de reconocer la casa, irrumpe en una escalera que conduce a una terraza a altura del primer piso. Todo recubierto de viña trepadora.

Ya arriba, nos dedicamos a destrozarnos la puertaventana, y penetramos al interior. Mario atravesó la gran alcoba y ya está barriendo la puerta, desapareciendo por el corredor.

Cuando Tonio y yo llegamos, Mario ya está al extremo.

Una rociada de plomos sacude el yeso del techo. No vemos ya a Mario, pero le oímos vaciar un cargador, mientras grita:

—¡De parte de mi hermano, guarros!

Por la alfombra hemos llegado a la altura del rellano. Abrimos una puerta, y a su amparo, le damos a los gatillos.

En un momento, aquello se convierte en la plaza mayor de un pueblo en pleno festejo. Tracas, cohetes, humareda, vocerío.

Mario salta por encima de la rampa y se deja caer en la caja de la escalera. Una ráfaga corta la puerta a dos centímetros de mi cráneo.

Repongo un cargador y barro en escoba el final de la escalera, donde un imprudente pretendía asomarse. No cabe duda que Mario no tardará en atraparlos por retaguardia.

Abajo truena que es un gusto. Tonio lo aprovecha para salir en tromba echando humo. Llega a la rampa. Y de pronto dobla las rodillas, y rueda escaleras abajo, cabeza por delante y agitando los brazos.

En aquel mismo instante, resuena un alarido femenino y veo aparecer abajo a Dora Dor, que abre al máximo la boca y corre hacia la escalera, encuadrada por una granizada de peladillas.

Está claro que los que disparan no quieren matarla, sino hacerla regresar. Pero ella ya está pisando los primeros peldaños. Tropieza con el cuerpo de Tonio. Brama Mario:

—¡Se largan!

Bajo a saltos la escalera. A simple vista, y al brincar por encima de Tonio, calculo que si ya no ha muerto, no está en condiciones de tomar parte en la jarana.

Aparto a Dora y llego junto a Mario, que está en un rincón, agazapado, con su herramienta apoyada en la rodilla. Me dispongo a embestir hacia la salida, cuando Mario me dedica una zancadilla.

Salgo proyectado en larga estirada y asombrado choco de manos contra la pared, viendo cómo Mario se zambulle por su voluntad a mi lado.

En el mismo segundo, toda la sala se sacude en pedazos, en una explosión que me vibra los tímpanos. ¡Valientes marranos! Nos han obsequiado con una bomba de mano.

Suerte de la pupila de Mario o nos convertían en menudillo.

Desde el jardín nos llega el eco de algunos balazos en dispersión, y el ruido de un motor.

—¡Esta vez sí que escapan! —se lamenta Mario.

Nos hemos levantado muy polvorientos, pero sin rasguños. Oímos taconazos en carrerilla. Jim Randal seguido de la condesa y de Olga. El yanqui lleva su petardo echando humo. Debió

intercambiar tarjetas de visita con los fugitivos. Nos informa:

—¡Ahuecando! ¡La poli!

Vaya. La cosa cada vez se complica más.

Ya no podemos salir por delante. Dos patrullas acaban de frenar ruidosamente ante la verja frontal, y empezaban a bajar alguaciles y *sheriffs*.

Para contenerles un poco y darnos tiempo a retirarnos, Mario se esquinó en una ventana salpicando el porche y los parterres. Los representantes del orden empezaron a bramar escandalizados, disfrazándose de caracoles en espera del final del chubasco.

Para demostrar que tampoco eran mancos, rociaron fachada y ventanas.

Galopé a coger por un brazo a Dora.

—Tú, me sigues, o te quedas definitivamente aquí.

Parece repleta de buena voluntad, obediencia y pánico.

Me incliné sobre Tonio para sentarle contra la pared. Se puso a gruñir, y abrió el ojo, el válido. Su camisa blanca se había teñido de un rojo intenso. Le animo:

—Hombre, Tonio, no te pongas melindroso ahora, caramba.

Una mueca le estiró todo el perfil y gruñó entre dientes:

—Por la Buena Madre de todos... Tú no me dejarás reventar aquí, Bruno.

Le hice una señal a Jim y por los flancos, apoyando uno de sus brazos sobre nuestros hombros, lo levantarnos y nos pusimos a llevarle escaleras arriba.

En la planta baja, crepitaba el fogueo y Mario se encontraría pronto escaso de municiones. Pero estaba disfrutando.

—No me dejes solo, Bruno —gemía Tonio por instantes.

Si no hubiese estado medio inconsciente, le habría tranquilizado ver que hasta sobraba compañía. Jim, Mario, yo y él, además de Olga, Dora y la condesa, saturábamos el «Buick». Sin contar, Darius, el menor de los Storni, que viajaba muy apretado en el portamaletas.

Había que cumplir con Darius la última voluntad: un pedazo de tierra en nuestra isla, en el maquis perfumado de retama.

Mario supo entretener lo suficiente a los chicos de la bofia, para nuestra retirada, laboriosa al tener que transportar a Tonio por la terraza, la escalera, el jardín, la tapia y la verdura.

Pero Tonio, lo último que dijo cuándo lo rodábamos por la tapia, fue:

—Tengo que despedirme de la Guapaza.

Así llamaba a su mujer, Ángela, que regentaba con firmeza una buena tasca, el Malabar, en Tolón.

Y ahora le traíamos a Tonio hecho un colador. Yo lo llevaba medio abrazado, y bendije mentalmente a mi chica, porque antes de retirarnos supo demostrar que servía en casos de apuro.

Pese a los fuegos de artificio, rebuscó hasta encontrar el botiquín. Me facilitó el material necesario: Alcohol, algodón, parches para contener hemorragias. Hasta pinzas extractoras.

Desafío al más técnico en manipular heridos, a que se dedique a hurgar un colador, metido en un coche lanzado a todo gas.

A ratos, el propio Jim aminoraba la marcha. Era una suerte que Tonio estuviera sin sentido, porque aquello era una carnicería.

¡«Porca miseria»! Parece fácil sacar plomos. Depende de dónde están. Pude extirparle a Tonio dos peladillas, sin gran destrozo. Hiqué drenaje y esponja. Me agradó saber que por allí no se moriría.

Pero el tercer plomo lo tenía cerca del palpitante. Y allí no iba yo a meterme con las pinzas. Cualquier temblor o sacudida, y le reviento el corazón a mi amigo. O sea, que taponé, y le mantuve apretado.

Atrás, Olga no tenía más remedio que sentarte sobre el regazo de la condesa. Dora estaba en el medio y esquinado, adelantado el busto, Mario reclinaba su barbilla sobre los brazos cruzados en mi respaldo.

Yo pude verle, sin querer, las lágrimas sallándole sin parar, bañándole el rostro. Cuando pudo controlar su voz, inquirió, fingiendo ironía:

—¿Me quedo huérfano o qué? Anda, dime la verdad, Bruno.

—Eso quisieras tú. Quedarte tranquilo, sin las broncas que te arrea Tonio. Te vas a jeringar, porque apenas lleguemos te traes un matasanos, y bastará que le saque el pepino.

Hizo algo que demostraba que estaba en estado de inferioridad, lamentablemente debilitado por las emociones. Me acarició el cogote, como si yo fuera un penco.

Para evitarle sacudidas, yo estaba obligado a mantener a Tonio

contra mi pecho, como si fuera una linda paloma mareada. Le veía el perfil donde su ojo bueno zozobraba. Y de pronto se puso a decir bobadas:

—No es porque sea mi mujer, pero como la Guapaza hay pocas, y tú lo sabes, Bruno. Necesito verla antes de estirar la pata. Tengo sed, Bruno. Dame algo, aunque sea puerca agua o gasolina.

—No debes beber, hasta que te recosa el veterinario. Podría hacerte daño.

—¡«Sporcaccione»! ¿Daño? Me quema la tripa, me arde el pecho, tengo martillos por el coco, y hablas de daño... ¿Falta mucho para llegar?

—Minutos, sólo minutos, viejo.

Abrió mucho la boca, y se puso muy tieso. Me entró un sudor abundante.

—Oye, oye, no te pongas ahora a tenerte lástima, caray —y le sacudí un poco para ver qué pasaba.

Soltó una maldición. Eso me tranquilizó.

El local de Ángela tenía un patio trasero que vino de perlas. Ayudado por Mario, cogimos cada uno por un brazo a Tonio, y lo llevamos como si fuera un compadre que había bebido demasiado.

Pasamos directamente por un corredor que nos evitaba atravesar la sala, y depositamos a Tonio sobre la gran cama. Tenía un aspecto sereno, muy calmoso, como nunca se le veía normalmente.

Y ahora me tocaba lo peor. Anunciarle a Ángela que su hombre estaba con agujeros y muy frío. Jim traería de un momento a otro, al médico.

El Malabar tenía cierta clase. Pinturas marítimas y tropicales por las paredes. Tres camareras de película, y junto al mostrador, en el trono de la caja, con la gramola a su derecha y una pecera con un pez rojo a su izquierda, Ángela dirigiendo el negocio.

Alta, recia y severa, aunque pareciera una gran maestra del placer, era toda una señora en el fondo. Si en vez de nacer como yo, de padres desconocidos, acierta a dar los primeros vagidos en un palacio, habría sido una dama. No como la condesa, que me suena a condesa como yo a obispo.

Al verme, Ángela se permite un lujo raro. Sonreír. Dicen que me aprecia.

Y yo sufro un poco, porque ahí no valen los rodeos.

—Hola, Guapaza. Supongo que Tonio te hablaría de lo nuestro.

Hay poca clientela. Dos marinos nórdicos, en plena melopea y una pareja de turistas ingleses en un rincón.

—Hola, Bruno. Me dijo mi hombre vuestro negocio. ¿Falló algo?

—Eso es lo que me jeringa, ¿sabes? Todavía no hemos palpado nada, ni un centavo, y ya tienes a Tonio algo deteriorado.

Abandona ella su taburete y pega una palmada. Acude una camarera que me mira sonriente. Error. No soy turista Ángela le ordena:

—Cuida la sala, Ninette.

Por el corredor, le digo a Ángela:

—Quiero saber lo que sentencia el médico, Guapaza. Han venido conmigo un yanqui, y dos muchachas y mi chica.

—Lleva tu compañía a mi cocina. Que se sirvan como si estuvieran en tu casa, Bruno.

Dejo en la cocina a Jim, Dora, la condesa y Olga. Subo En el dormitorio, el galeno está reparando a Tonio.

Ángela tiene buenos principios. Le ha colocado un rosario en la zarpa derecha a su hombre. Y ha puesto a remojar una hoja de laurel en una concha con agua bendita. Traza una señal de la cruz tan grande como ella, y toca con el índice en el hombro al medicastro.

El galeno es un operador ambulante y clandestino. Gira la cabeza. Parece algo aterrado, o será que siempre le asustó saber que no supo ser honrado, teniendo educación, oportunidad y ambiente.

Ángela siempre tiene una voz ronca, grave, impresionante:

—Las cosas claras, buen hombre. Si puede salvar a Tonio, adelante. Si no, traiga a otro. Pero es ahora cuando debe hablar claro, buen hombre.

—Haré lo que cualquier cirujano pueda hacer, señora Ángela. Dentro de poco estará totalmente anestesiado. Pero solamente cuando amanezca sabré... si reaccionó favorablemente.

Ángela me mira interrogante. El galeno me observa receloso. Poco puedo decirle:

—Escuche, compadre. Si Tonio se muere, llamaré a un experto. Y si éste declara que usted cometió alguna pifia, encárguese la mortaja. Está a tiempo. ¿Le salva sí o no?

—Haré todo lo posible. Haré lo que haría cualquier colega en las

mismas circunstancias.

—A ello.

Salimos del dormitorio. Ángela me pregunta:

—¿Crees que a Tonio le enojaría si cierro el local?

—Creo que sí. Ya le conoces. El trabajo es algo serio, que no puede dejarse, excepto por la muerte. Y no habrá velatorio. ¡No lo habrá!

Ángela me da una palmada en la mejilla.

—No tienes la menor responsabilidad, Bruno. Les dijiste a los tres que andabas en un buen trabajo, pero que podía resultar duro. Vuelvo a mi trabajo. ¿Quieres algo, Bruno?

—Tengo que hablar seriamente con una de las chicas. Y discretamente.

Me hace atravesar un salón, y abre una puerta que da a una cocinilla, pequeña, comunicando con el patio interior.

—¿Sirve este sitio?

—Magnífico.

Ella regresa a su caja, y yo voy a la cocina grande. Me encajo una ración de pollo y un chorro de rosado.

Olga, siempre con sus gafas negras, no tiene apetito. Piernas cruzadas, extendida una manita sobre las rodillas, se pinta las uñas. A su lado, Dora, desmelenada, apoyados los codos sobre la mesa, se agarra la cabeza.

Aplastando un sillón, la condesa está vaciando los platos de fiambres, ayudada por Randal y Mario.

Me levanto y toco en el hombro a Dora. Le hago señal de que se levante y me siga. Parece que esperaba este momento, porque acude sin la menor demostración de extrañeza ni protesta.

Tan sólo un destello de miedo en sus ojazos. El mismo que tuvo la víspera cuando subió al coche. Pero esta vez no lleva ningún arma.

La empujo hacia la cocinilla, y entrando la arrinconó en una esquina. Se da cuenta inmediata de que no tengo el menor deseo de reír.

—Vamos a jugar a algo sencillo. Ser sinceros. Nada tengo contra ti, chica, ni siquiera rencor por la estupidez que ya sabes. Pero hemos de explicarnos los dos. Te haré algunas preguntas. Si te decides a portarte correctamente, todo irá bien. Pero si me haces

perder el tiempo, lo lamentarás. Vas a hablar y pronto, Freya, La Gata.

Al oírme, la invade una gran palidez y tiene dificultades técnicas para tragar saliva. Luego protesta:

—Pero ¿qué os pasa a todos? ¿Por qué os empeñáis en que soy... esta tal Freya? También los otros, los que me sacaron de casa de la condesa, fue lo primero que me dijeron. Yo ni siquiera conozco a esta Freya, ni oí hablar de ella hasta anoche.

—¿Estás bien segura? Veremos si persistes dentro de un rato.

—Pero... ¿qué pasa?... No quiero que me toques. No he hecho nada malo.

Demuestra intenciones de agitarse, y me veo obligado a calmarla con dos toques de nudillos en las mejillas.

—Considérame lo que quieras. Cobarde, abusador, mal hombre, canalla, pero no idiota. Y ahora explícame por qué intentaste liquidarme anoche.

—Tenía miedo. Sabía que tú me ibas a matar.

—¡Ay, Dios! Nunca he querido razonar con mujeres, porque es imposible. ¿O sea que yo quería taladrarte? Pero fuiste tú la que disparó, salvo error o cretinez de mi parte.

—¡Te juro que no soy Freya, La Gata!

—Vamos a verlo.

Descuelgo una gamuza que debe servir para secar platos, y antes de que ella respingue, le endilgo la gamuza bien anudada como mordaza.

La agarro por la muñeca y la llevo a la puerta. Abro un poco, y le sujeto los dedos entre el dintel y la puerta. Tiene tendencia a rebelarse.

Enlazándola por la cintura, le hago una conferencia:

—Si gritas, nadie se entera. Debes respetar que arriba hay un amigo mío que puede morir. Voy a advertirte que no soy sádico y a confesarte que este juego es muy bestia. Si aprieto la puerta, los ojos te saldrán de los párpados, y llorarás sin parar. Un asco, créeme.

Aunque se retuerce y remueve, la dejo meditar sin apretar la puerta.

Una vez me aplicaron este sistema. Y hubiese acabado por confesar que maté a Luis XVI, y rebané a María Antonieta. Por

suerte, me interrogaban sobre un atraco en el cual nada tuve que ver. O sea que les firmé todo lo que quisieron, y luego la verdad estalló.

—Al grano, chica. ¿Sigues negándote a ser Freya?

Sacude la cabeza, mordiendo su mordaza. No había más remedio que empezar el interrogatorio práctico. La dificultad consiste en saber dosificar. Es una cuestión de finura y sicología. Como en el amor.

Se trata de conservar la calma. Hay personas que una vez lanzadas, ya no saben parar, y se ponen medio locas. Ver sufrir a otros, les encanta. A estos tipos yo los llamo intelectuales y me dan asco.

Le pellizco un poco los dedos a la interrogada. Se contonea, dobla las rodillas, lanza atrás la melena, se agita, y empieza a sudar copiosamente.

Entreabro y cesa la presión. Se queda desmadejada contra mi pecho.

—No seas burrita, mujer. Hay que ser razonable. Solamente te pido unos informes y luego, te olvidaré.

Da una cabezada como si quisiera decir algo. Aflojo un poco el trapo, dispuesto a apretarlo de nuevo, si decide chillar.

Pero ella parece dispuesta a charlar amistosamente.

—No es posible, no es posible —lloriquea—. Te explicaré todo, y verás cómo te equivocas.

Se calla un instante, como para preparar el cuento chino.

—Tenía miedo cuando supe quién eras. Pensé que habías venido para vengar a Vico.

—¿Vico? ¿Qué cuernos de trola me estás largando, querubina? Se lo cuentas a un caballo de madera y te suelta una coz. Para empezar, no conozco a ningún Vico.

—Sí, Vico, el Risueño, que estuvo contigo en la cárcel. Yo era su novia, hace dos años, antes que lo encerrasen. Y como me dijeron que lo iban a condenar a veinte años, ya no podía esperarle. No iba a sacrificar toda mi existencia y juventud por culpa del señor que hizo tonterías...

—No hables tanto y hazlo mejor. No te pido que me cuentes tu vida.

—Dame un poco de agua para mis dedos.

—Luego.

Se lleva la mano a la boca y se chupa y relame los deditos, que empiezan a hincharse. Le recupero la mano y comprende que la gimnasia con la puerta se reanudará. Suplica:

—Aguarda, aguarda. Yo te explico la verdad. Vico se enfadó cuando supo mi decisión de no esperarle hasta la vejez. Me amenazó con hacerme liquidar por alguno de sus amigos. Yo creí que tú habías venido desde París para matarme.

—Muchacha, tienes una imaginación espantosa, pero resulta que a tu Vico ni le conozco, y lo más triste es que tengo la idea de que ni existe. Además, quisiera saber quién te habló tanto de mí.

—Assunta.

—Lo lamento, pero no te creo. Procura inventarte otra historia. Y mientras, volvamos a la persuasión, Freya.

—¡Pero si no soy Freya, lo ju...!

Le he ajustado la mordaza, y vuelvo a encajarle los dedos entre el marco y la puerta. No me gusta nada esto. Yo también sudo y estoy hart.

Si pudiera ya decidirse de una vez a confesar, la maldita testaruda.

Precisamente esta terquedad, es la prueba de que ella es La Gata. Otra ya habría cantado, de veras o de cuento.

Y ahora la muy tonta se desmaya. Cojo en trozo de cable y le amarro las muñecas a la barra de un hornillo empotrado. Le vuelco una cacerola de agua.

Con los largos cabellos mojados y su blanca túnica toda arrugada, sucia y rasgada a trechos, tiene aspecto de ahogada o de recién casada con un loco furioso.

Paso al salón a cambiar un poco de aires, y enciendo un pitillo, para darle tiempo a la testaruda a recobrarse. Aparece Olga, que se agarra de mis codos, y se aprieta contra mí, susurrando:

—Ten cuidado, Bruno, mucho cuidado. No puedo adivinar de qué se trata, pero tengo un mal presentimiento. Temo por ti, me lo dice el corazón, y porque siempre te quise y te quiero.

—Ponle música de acordeón al disco. La que tiene que tener cuidado eres tú, manceba. Cuando acabe con mi negocio, me cuidaré a fondo de ti.

—No me preocupo por mí, Bruno. Tengo miedo por ti. No sé

explicarlo, pero hay un peligro raro que te acecha.

—Es posible. De momento, regresa a la sala del velatorio. Al amanecer, sabremos si Tonio se decide a respirar o nos hace la pascua, y se muere.

Vuelvo a la cocinilla. La testaruda se ha recuperado y se ha puesto en pie. Retenida al horno por las manos atadas a la espalda, balancea la cabeza de derecha a izquierda, para soltarse los mechones mojados que se le pegan a la frente y las mejillas.

Tiene algo de jaca espantando moscas con la cola. La desato y le quito la mordaza:

—Tú dirás, mulita. ¿Otra sesión?

Respinga como queriéndose apartar de la puerta y chilla:

—¡No, no quiero, esto no, esto no!

Y más bajo, entre dientes, casi sin abrir los labios, agrega:

—Sí, sí, yo soy Freya. Soy yo.

Suspiro aliviado:

—Vaya, por fin... Pudiste decidirte antes y nos habríamos evitado este rato desagradable. Bueno, ya que te has puesto razonable, podemos charlar. No te molestaré mucho. ¿Te acuerdas del viajecito a Italia el año 45?

Ahora ya no está de acuerdo:

—Nunca he ido a Italia. Eso sí que lo puedo jurar.

—Me estás fastidiando, caray. No vamos a acabar nunca si tengo que arrancarte palabra por palabra toda la historia que me interesa.

La agarro del brazo y la llevo a la puerta. Lanza un verdadero alarido antes de siquiera llegar al sitio. Voy a colocarle la mordaza, cuando desde el patio interior, oigo que llaman en la puerta encristalada.

Embisto, pero tarde. Al otro lado del cristal, una mano me enfoca un grueso calibre, y con la otra me indica que abra. Todo el resto del intruso se camufla en la sombra nocturna.

No me queda más remedio que tirar del pestillo. Un pie empuja el batiente y un sujeto se perfila en el marco abierto, encañonándose firmemente. No tardo ni dos segundos en reconocerle.

Es Ludo, el chaval con quien me escapé de la cárcel.

—Hola, Ludo, caramba —le saludo cordialmente, pero extrañado.

—¡Vico! —brama la testaruda, a la cual sigo sujetando por un brazo.

Y Ludo, pálido, me anuncia fríamente:

—Bruno, eres mi amigo, pero si no sueltas esta gacela, te quemó.

Verle aparecer así de pronto me tenía sorprendido, y solté a la terca. No me parecía correcto que él siguiese apuntándome. Yo que le di tabaco, comida y bebestibles cuando estaba en chirona sin una perra, y que, además, le facilité la ocasión de escapar... Vaya gratitud.

—Hay que ver... Tienes que estar majareta —me decía Ludo— al pretender aterrorizar a esta nena. Solamente hay un hombre que tenga derechos y razones para castigarla, y éste soy yo. ¿Me oyes bien, Bruno? Dora es mi chica.

Eso sí que me produce risa. Me mondo:

—¿Dora? Llámala por su verdadero nombre, que es Freya, La Gata, y si eres un poco curioso, pregúntale lo qué se traía entre manos, durante la ocupación, con los podridos corsos que se hicieron polis y la llevaron en el 45 por Italia.

—Has de estar completamente loco, Bruno. Dora es Dora. Y en el 45, tenía ocho años. No podía ser tan precoz. Además, ésta que llamas Freya, La Gata, ni sé quién es.

Y entonces es ella la que acaba de liar más las cosas:

—Hace una hora que se lo digo, Vico, pero no quiere comprenderlo. Son todo un equipo de chiflados empeñados por la fuerza en que yo sea Freya, La Gata.

—Pero ¡maldita sea tu estampa! —protesto—. No hace ni diez minutos que tú misma reconociste que eras La Gata.

—Y si hubieses insistido habría confesado ser Cleopatra, animal.

Eso sí que no le agradó a Ludo. Y dijo severamente:

—Dora, ten pupila, y mira con quién hablas. No tolero que le faltes a un amigo.

Ella no insistió y fue a remojarse los dedos bajo el grifo.

Ludo enfundó y expuso:

—Comprendo que no hubo mala voluntad por tu parte, Bruno, pero te afirmo que te equivocas. En el año 45, Dora no andaba con corsos.

—Mal puedes saberlo, ya que por entonces tú ni habías nacido.

—Si miramos el calendario, tampoco andabas tú muy enterado,

sino por oídas, puesto que tenías diez años. Pero yo he visto la legítima partida de nacimiento de esta gacela.

—Bueno, no cabe ya duda. Metí el remo. Pero ¿por qué diablos te llama Vico?

—Ludo es el nombre que me dieron entre rejas. Pero me conocen más por Vic, el Risueño, o por Vico. La verdad es que nací Ludovico.

Empecé a comprenderlo todo. Dora se enteró por Assunta que huí con Ludo y creyó que venía a pedirle cuentas...

Me explicaba Ludo:

—En París me informé sobre ella. Supe que vino a Marsella. Seguí su pista, pero siempre llegaba un poco tarde desde ayer. Pero por los amigos, fui sabiéndolo todo. Creo que estás en un gran apuro, Bruno.

—Lo estoy. Y más ahora que no puedo contar con Tonio.

Alargó el brazo y me dio una palmada sobre el hombro:

—Si me necesitas, dímelo.

—Gracias, Ludo. Ahora ya no se trata de trabajar en cantidad, sino en calidad. Se agradece de todos modos.

Ludo señaló el patio, y dócilmente, Dora abandonó la cocinilla.

Aproveché para aconsejar a Ludo:

—No seas demasiado duro con ella, chaval. La pobre creía que tardarías veinte años en salir.

—Si cuando estamos dentro, no nos son fieles, hay que leerles la cartilla. La tendré a ración seca un par de semanas. Suerte, Bruno.

—Suerte, chaval. Un momento... ¿Vas a quedarte por la costa?

—No. Está el cotarro alborotado. Pasaré la frontera. Lo mismo te recomiendo, aunque eres el veterano y yo el pipiolo.

Nos sonreímos. Se fue. Le tenía afecto al muchacho. En otro ambiente, y con una familia vigilándole, hubiera sido un chico decente. Lo era, pero en un terreno donde la decencia se mide con distinto rasero.

CAPÍTULO XI

Era un velatorio, sin serlo. Había que esperar a la madrugada para saber si Tonio continuaría viviendo, o se decidía a descansar definitivamente.

Me senté junto a la mesa. Mario dormitaba.

Jim Randal daba tientos a un frasco de ron, y sus ojos, más que nunca, tenían claridad de maníaco homicida. Olga leía revistas atrasadas de modas y chismorreos.

La condesa había instalado su mostrador delantero sobre la mesa, y alineaba naipes en solitario. Por cortesía, le pregunté:

—¿Los pronósticos de porvenir son buenos, condesa?

Me miró vagamente antes de replicar:

—Lo sabremos con la aurora.

No estaba muy católica la ballena. Sus ojos, lo único juvenil que le quedaba, habían perdido el lustre y destilaban hacia las cartas miradas torvas y aviesas. De vez en cuando la señora condesa se atizaba una copabalón de coñac.

Quise fumar, y hundí la mano en el bolsillo de la cazadora. Saqué un fajo de billetes y un paquete aplastado y retorcido donde quedaba un pitillo. Algo brillante cayó sobre la mesa en medio de billetes y paquete.

Era el broche con forma de ancla que encontré en el corpiño de Yola, cuando con Jim la encontramos muerta en su comedor. Lo había olvidado en el fondo de mi bolsillo, y además, ¿para qué me servía? Ni podía ser un amuleto.

El objeto rodó hasta delante de Jim, que lo cogió entre los dedos, y examinándolo con fijeza, desvió la vista hacia la condesa, interpelándola:

—Oye, Rachel de mis carnes, este broche lo llevabas tú la semana pasada con tu sastre negro que tan bien te sienta. ¿Es así cómo dejas abandonadas tus joyas?

La odalisca alzó la cabeza, sujetando con la mano su andamiaje de rizos rojos que amenazaba desplomarse. Casi arrancó de un zarpazo el broche de la mano del yanqui.

—Éste es mi clip —y mirándome repentinamente con fiereza, agregó—: ¿Me explicará usted dónde consiguió esta joya que me pertenece? Apostaría cualquier cosa a que fue Dora quien se lo regaló.

—No, condesa, no fue Dora, que no tiene nada que ver con mi tenebrosa persecución. Esta ancla la encontré encima de una mujer que tuvo un mal accidente. Figúrese que aparte de romperle la cabeza, la trataron a punta de navaja. ¿Qué me dice, condesa?

No decía ni papa. De pronto tenía los ojos fijos, como una clueca que se dispone a soltar el huevo. Y sus dedos gordezuelos ventearon desdeñosos sobre la mesa, para enviarme el broche, con cara de hondo asco.

—Después de todo, bisutería como ésta abunda. Si tanto le gusta, se la obsequio.

—Tanta generosidad me abruma, condesa.

Recogí el broche estudiándolo de más cerca. Me pregunté cómo pude ser tan bobo para confundir con latón pintado y casco de botella aquel clip. Era puro platino, diamantina, esmeralda, y turquesa.

Aplasté mi pitillo a golpecitos en el cenicero. Y en mi mollera empezaba a germinar la verdad, en película rodada a la inversa. Ya tenía el buen extremo de la madeja.

El clip pertenecía a la condesa. Lo encontré sobre el cadáver de la hermana de Freya. Pero había algo importante. Un comentario, casi sin importancia entonces, cuando fue hecho.

Jim Randal soltó en medio de una conversación:

—La chica Yola no era hermana, sino hermanastra de Freya. Lo supe por un polizone amigo.

O sea, que la hermanastra Rachel visita a la hermanastra Yola, para averiguar qué le preguntaban... Y en el interrogatorio, Yola muere, y Rachel pierde su joya.

Ataqué sin usar manuales de cortesía para la sangre azul. Di una palmada sobre las cartas que extendía Rachel, y sus arrobos se removieron al respingar. La señalé con el índice:

—Oye, gordita, ya te he calado. Tú fuiste la que telefoneó a Fefé

para informarle de que en tu casa estaba Dora.

Rachel no se inmuta. Me responde secamente:

—Pregúntale a tu novia.

Olga agudiza la voz:

—Es culpa de ella, sí, de ella, si delaté a Dora a Fefé. Fue ella la que me dio el teléfono y me animó a librarme de Dora, porque se daba cuenta que yo estaba enfadada con ella, puesto que encontré a Dora contigo, en su casa. Tenía mis motivos de rencor, ¿no?

—¿Y qué le dijiste a Fefé?

—Que la verdadera identidad de Dora era Freya, La Gata, y que si quería venir a embalarla, se la reservábamos a su disposición.

—Mira qué eres follonista... —le reprocho a mi novia—. Pues sí que armaste un buen lío con tus potajes. ¿Quieres saber quién es Freya? Ahí la tienes, frente a ti. ¡La condesa de pacotilla!

Si no estuviera ya cierta, la mirada que me asestó la condesa de matute, hubiese bastado para convencerme.

En un instante, sus ojazos habían recobrado su brillo, aquel matiz azul de pepona que también tenían las mirillas de la difunta Yola, cuando estaba en vida.

Y si las pupilas de Rachel hubieran sido pistolas, yo estaría convertido en un hermoso cadáver con aspecto de cedazo triguero.

Me levanté para empujar la mesa y encajar a la condesa contra la pared. Pero con una agilidad asombrosa para su peso, se apartó, y más rápida que todos nosotros, había extraído un petardo de su bolso, y nos enfocaba expertamente en semiarco.

Su voz ya no tenía entonaciones versallescas:

—¡Retroceded hasta el fondo y aprisa! Tú también, Jim, como los otros. Y nada de gestos torpes, porque os cepillo uno por uno.

En aquel momento, tenía la sartén por el mango y pudo haberse largado tranquilamente. Pero era como todas, aún las más listas. Necesitaba darle a la lengua, vanagloriarse, mofarse de nosotros, el sexo débil.

Y bien verdad es que somos los débiles de mollera ante ellas. Rachel se reía orgullosa.

—Sí, muchachos, yo soy Freya, La Gata. ¿Y qué? ¿Qué os creéis, gandules? Otros tan fuertes como vosotros se rompieron los colmillos al querer aproximarse demasiado a mi persona. La que muerde, soy yo. Siempre.

—Calma, condesa, calma —intervine—. No te equivoques. No queremos tener contigo una discusión violenta, sino llegar a un acuerdo. Tus retozos durante la guerra, nos importan un rábano. Podemos pactar...

Pero no quería atenerse a razones. Estaba medio curda. De coñac y de furia. Era de las escasas jamonas que tienen malas ideas. Y son temibles. Yo estaba casi bizco de tanto querer adivinar las intenciones de su índice sobre el gatillo.

—¡Reconcho! —masculló Jim—. Y pensar que me indicaron que Freya era del tipo más bien flaco...

—Hace veinte años, yo era flaca, casi una anguila. Diecisiete añitos.

—Pues desde entonces te desquitaste —dije maravillado—. Y fue una suerte, porque viene a servirte algo así como de camuflaje, gordita.

Pero sobre este tema no parecía dispuesta a bromear. Lentamente, retrocedía, adosada siempre a la pared, en dirección a la puerta comunicando con la sala del bar.

Y el cañón de su calibre no nos perdía de vista. Teníamos una pinta ridícula, nosotros los mocetones, con las zarpas en alto. Pero no tomé la cosa por lo trágico. Si ella no disparaba, ya la encontraríamos algún día y entonces, el cañón apuntaría en forma distinta.

Ya estaba ella apartando la puerta con el pie. Tenía que pasar de perfil y antes de iniciar el movimiento, ordenó al yanqui:

—¡Jim! Envíame las llaves del «Buick».

Raudal le lanzó el llavero que ella atajó al aire con destreza felina.

—Ahora, os digo adiós, muchachos, y continuad siendo buenos chicos, a menos que estéis lampando por recibir una descarga en pleno buche.

Había perdido toda su falsa finura la condesa. Y apenas acababa de hablar, cuando estalló un petardeo a todo pasto por la entrada del bar.

Las camareras acuden mugiendo como terneras en estampida.

La luz se apaga y los pepinazos crepitan que es un gusto. Una de las camareras, tocada en el muslo, tropieza y viene a parar de cabeza sobre la mesa volcada.

La condesa se tiró a un lado, y a la vez se vuelve hacia el local sumergido en la sombra.

Mario y yo ya hemos sacado nuestra artillería y retrocedemos hacia el ángulo muerto de tiro y rebote. Olga y Ángela se han tendido tras el diván.

—¡Cubierta completa, condesa! —le grito a la jamona del demonio.

Es cuestión de que no estropeen a la odalisca. Vale su peso en oro. Pero esta mujer ha bebido demasiado y pierde el sentido del decoro femenino.

Empieza a pulsar el gatillo y regar humareda. Por suerte, no en nuestra dirección, sino hacia el bar.

Y entre las detonaciones, reconozco la voz de Federic Reni, alias Fefé, que brama:

—¡Bruno, Bruno! Abre bien las orejas. Estáis copados. No seáis avestruces. Enviadme a la Gata, y se acabó la partida. Nos iremos.

Será idiota... Sigue creyendo que Dora es Freya. Comparado con él, resulto un talento.

Por respuesta, le doy la que se merece. Vaciar mi cargador en dirección a la barra. Oigo caer una hilera de frascos.

Mario, medio escondido tras un sillón, dispersa una ráfaga. Le grito:

—¡Ojo! ¡No perfores a la condesa, caray!

Es la única que está en pie y cerca de la puerta. Todas las demás hembras han comprendido la situación. Se dedican a pegarse a las alfombras, apretando fuerte las asentaderas.

En la sala, alguien aúlla a lo coyote herido. Y penetra en la cocina-comedor una nueva granizada de píldoras.

También el yanqui ha debido encajar perdigón, porque oscila y cae hacia atrás, entre Olga y Ángela.

Mario continúa practicando su afición favorita. Distribuir peladillas a diestro y siniestro, cambiando cargadores a velocidad de campeonato.

Vuelvo a gritarle a la condesa:

—¡Tiéndete ya, Chelina!

Aprovecho un claro en la sinfonía de timbales para saltar fuera de mi parapeto, aplastarme contra el tabique y deslizarme hacia la puerta.

Si puedo alcanzar a la odalisca, la sacaré de allí. Solamente me quedan tres metros. Y en aquel mismo instante, una sulfatadora empieza a repicar desde la sala.

La locuela de condesa se lanza hacia delante, empuñando su calibre, y apostrofa a Fefé y su banda, mientras dispara en racha:

—¡Cuadrilla de buitres cobardes! ¡Os enseñaré quién soy yo! ¡Vais a saber quién es Freya la Ga...!

No le queda tiempo para decir más. Se dobla hacia delante y se desploma con toda su masa, taponando la entrada a la cocina.

El cascanueces sigue catapultando sus pepitas.

Distingo en la sombra la silueta de Fefé que abandona el mostrador y se perfila cerca de la caja. Mi primer balazo hace estallar la pecera y el pez rojo se convierte en volador.

El segundo tiro para en seco a Fefé, y el arma que empuñaba se calla por fin.

Ya solamente queda Mario que sigue echando lumbre como un loco.

—¡Para, Mario! ¡Acabó el festejo!

Uno de los atacantes saltó hacia la salida y se esfuma huyendo a todo tren.

Me arriesgo a un mal recibimiento inesperado, pero salto por encima del cuerpo de la condesa, y avanzo por el bar.

A un lado de la gramola, Fefé está extendido boca arriba, abrazando su metralleta. Tuve suerte. Mi plomo le invalidó el ojo derecho.

Está desparramado su cerebro por el suelo. No es ninguna pérdida, visto lo mal que lo empleaba.

Al otro extremo del mostrador, entre cascotes rotos, bañado por un cóctel de pastis, vermut y digestivos, el segundo del terceto atacante, está tendido sobre un costado.

Gime. Llama a su madre.

Lo acomodo de espaldas al mostrador. Le reconozco. Es Marcel el Alsaciano. Sangra mucho. Le recrimino:

—Mira que te lo dije, Marcel. Te aconsejé que no volvieses a cruzarte en mi camino, caramba.

Parpadea. Voy a hacer la comedia compasiva de hacer ver que le curo. Pero cuando tapono con un trapo el primero de sus orificios, murmura:

—Gracias, no vale... la pena... Estoy... frito... Bruno... Y no quisiera mal morir... Mi vieja... Ella quería que me rezasen... Yo... yo no puedo...

Hay que ser respetuosos con los deseos de una madre. Inclino la cabeza. Muevo los labios, y cerca del oído de Marcel, recito a mi modo:

—Perdónanos, Buena Madre de todos nosotros.

No hace falta más. Marcel ya está en el otro mundo. Le deseo que sea mejor para él. Y para nosotros. Amén.

Regreso. Me inclino sobre la condesa. La pobre ha recibido también su ración completa. Un puntilleado a la altura del busto. Una ráfaga.

Echada atrás la cabeza, abre hacia el techo unos grandes ojos de porcelana, jóvenes, límpidos, inocentes.

—Adiós, Freya. Adiós, condesa Rachel. Ya nadie podrá sacarte ni una palabra. Y adiós tesoro nuestro. Descansa en paz, mujer. Arriba no hay odios.

Mario está a mi lado, agarrándome del brazo:

—Hay que largarse sin perder un minuto.

Es también mi opinión. Me vuelvo hacia el fondo de la sala. Ángela y Olga flanquean al yanqui al que han ayudado a sentarse en un sillón. Me dedica una cabezada:

—Mario tiene razón. Galopad, hermanos.

—¿Serio el pepinazo, Jim?

—No. En el hombro, y tiene fácil remiendo. Dejadme aquí. Yo no arriesgo nada. Estoy bien respaldado por mi servicio. Coged el «Buick». Me lo devolveréis por medio de Rigo Valenti, cuando podáis. Mala suerte, ¿eh, Bruno?

—Mala suerte, Jim.

Ya se oyen sirenazos. Han tardado por lógica, porque el rincón está alejado del casco urbano, y la gente prefiere, cuando oye fuegos artificiales, tardar en informar.

Beso a Ángela en las dos mejillas, diciéndole:

—Mañana, como sea, me asomo a visitar a Tonio.

Sus ojos bailotean, se muerde el labio y por vez primera en toda la noche, estalla en sollozos. Avergonzada, me vuelve la espalda, y se cubre el rostro con las manos.

Dos minutos después, Mario y yo, con Olga entre nosotros,

partimos en el «Buick». Al volante, Mario elige la buena ruta. Hacia el litoral desierto del Viejo Puerto.

Por el laberinto de callejuelas, salimos a la triple ruta costera. Olga se aprieta mucho y no tengo voluntad para rechazarla. Hace frío. Una bruma espesa sube de las aguas de la ensenada. Ni una sola estrella en el cielo. De luna, ni hablar. Es una noche que le penetra a uno en la piel por todos los poros.

Mario detiene el coche entre dos grandes setos. Villas desiertas, de veraneantes que no vienen a invernar. Y dice:

—Tengo que volver junto a Tonio. No te preocupes, Bruno. Iré a los autocares. Me ocuparé de vosotros dos, y os suministraré documentación para pasar a Italia. Por Nápoles tengo amigos, verdaderos amigos, Bruno. Un hombre cabal como tú, encontrará trabajo.

—*Va bene*, Mario.

Va bene. Tanto me da allá como en cualquier parte.

Mario se esfuma en la verdura teñida de luto. Olga se aprieta más contra mí, pese a que ahora sobra sitio. Musita:

—Nunca te falté, Bruno. Precisamente Berto me golpeó, porque yo no quería ser su novia. Soy, fui y siempre seré tu novia.

—Pues vaya porvenir que te espera, chica. Por donde voy siempre es de noche.

—Pero el sol acabará por alzarse en algún sitio. También para nosotros. Créelo, mi amor.

Es una cursi, pero acaba de decir algo maravilloso. También tenemos derecho al sol, a la luz, a la libertad.

Y la vamos a obtener. Sencillamente. Haciendo yo como los demás, que son los verdaderos valientes. Será la noche, pero cometo la debilidad de echar un sermón:

—He estado pensando un poco, Olga. Soy fuerte, pero hasta ahora he sido un cobarde.

Redondea ella tanto los ojos que parece van a caerle en el regazo.

—Sí, muchacha. Rehuí el trabajo. Busqué el dinero que decían fácil. El dinero de los valientes se gana sudando en un andamio o en un garaje. Quiero probar a vivir tranquilo.

Creí que haría muecas. Y me cogió de sorpresa verla llorar mansamente. Cualquiera las comprende. Lloraba sin ruido, y

sonreía como si le hubiese tocado la lotería.

Puesto ya a ceder, a rendirme, agregué:

—Al otro lado de la frontera, nos casamos. Vete a saber. A lo mejor, con un chaval graznando, tú en la cocina, y yo viendo la televisión, acertamos a encontrar el sol sin nubes.

Ahora sí que fue la reoca. Se me abrazó, tartamudeando que la cocina sería su felicidad. Y venga a hablar de que planchaba muy bien, y remendando ropa era un talento.

Total, tiré la «Lüger» por la ventanilla. En lo sucesivo una paleta o uno llave inglesa sería mi herramienta.

Pasamos una noche magnífica, durmiendo a fondo en una villa desocupada. Telefoneé al despertar y me alegró mucho saber que Tonio había decidido quedarse. No estaba para conferencias, pero según Ángela había jurado que se limitaría a despachar cenas a los clientes.

Otro que quería paz en la tierra, y buena acogida en el otro mundo.

Mario me proporcionó todo lo necesario. Y un préstamo para montar cualquier tinglado. Olga y yo elegimos poner un mesón rústico en la Costa Azul italiana.

Y me encantaba oírla chillar desde la cocina:

—¡Van las fritas con el hígado! ¡Salen los riñones salteados!

Ella dirige la cocina, yo el servicio de comedor. Y cada madrugada, cuando sale el sol, tardo un poco en acostumbrarme a la falta del ruido que siempre me acompañó en mi pasado. Nada se rompe, nada crepita, ni persigo ni me persiguen.

Y ahí va el colmo. Quieren nombrarme concejal. No aceptaré, pese a la insistencia de Olga.

No me agradan las discusiones.

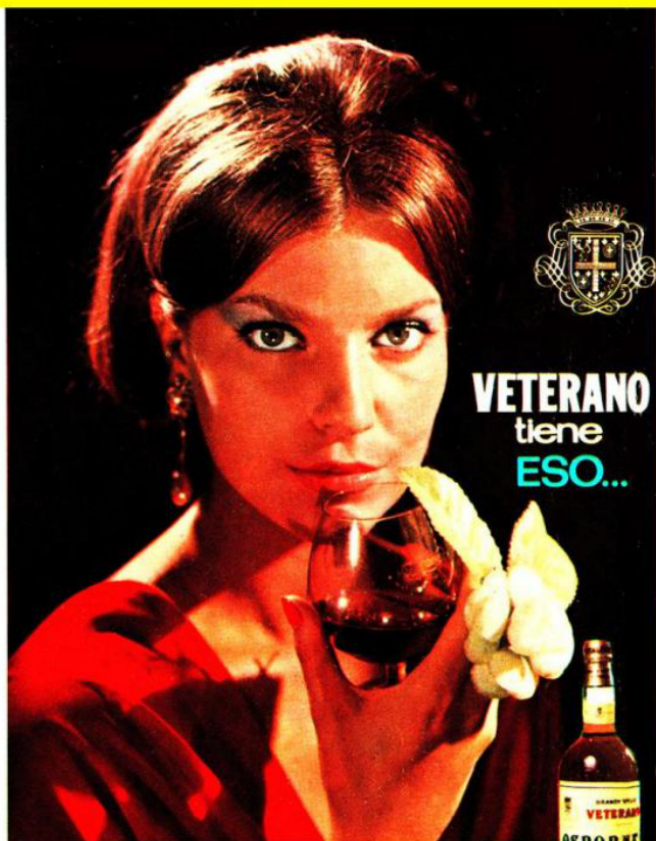
FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*

NOTAS

[1] En el hampa francesa, los jefes de banda con prestigio, son llamados caíd o jeque. < <

[2] Apelativo designando los norteamericanos. (Notas del autor).
< <